

CINCO VIUDAS NEGRAS

CLARK CARRADOS

Weghson empezó a leer:

«Escribo este testamento en pleno uso de mis facultades mentales, según podrá declarar el doctor Mortimer Simpson, que me ha reconocido en la mañana de este día. Por tanto, no hay locura alguna ni desvarío en cuanto escribo.

»Mis herederos quieren asesinarme. Ellos lo negarán, lo sé muy bien, pero ya no pueden aguardar más a heredar mi fortuna. Los unos por ansiosos, los otros por tramposos, todos por codicia, quieren empezar a disfrutar cuanto antes del dinero que he acumulado a lo largo de sesenta y ocho años de vida. No quiero privarles, en parte, de cierto disfrute de la vida; por tanto, cada uno de ellos recibirá la suma de cinco mil libras esterlinas, que les serán entregadas en el acto, después de la lectura del testamento, por medio de sendos cheques que van incluidos en el sobre.

»El resto de mi fortuna irá a parar a cierto heredero, cuyo nombre no hago público en este momento. Cuando él lo juzgue oportuno, se presentará a hacerse cargo de todos mis bienes, acreditando su personalidad mediante un documento, que envié a su abogado, el cual, al tener noticia de mi muerte, escribirá a Malcolm Weghson, a fin de participarle detalles y circunstancias personales de su cliente y mi heredero universal.

»Pero pudiera ocurrir que, al igual que ha sucedido conmigo, mis herederos quisieran asesinar al otro. En tal caso, digo, toda mi fortuna irá a parar a obras benéficas, de modo que lo mejor será que disfruten de esas cinco mil libras antes de morir.

»Si, habéis oído bien, queridos sobrinos, antes de morir, porque, aunque cerréis mi tumba con una montaña de cemento y la aseguréis, además, con kilómetros de cadenas, yo saldré de ellas para castigar vuestro crimen. Tenéis cinco mil libras cada uno; disfrutadlas antes de morir.

»Lo creáis o no, yo saldré de la tumba para castigaros».



Clark Carrados

Cinco viudas negras

Bolsilibros: Selección Terror - 96

ePub r1.0
xico_weno 03.09.15

Título original: *Cinco viudas negras*
Clark Carrados, 1974

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Esto es una vergüenza! —clamó Finn McDougal, al oír las palabras que acababa de pronunciar el hombre que presidía la reunión.

—Sencillamente indecoroso —añadió su esposa Margaret, mientras se enjugaba una lágrima con un pañuelo de tul negro.

—Cínico —calificó Ted McDougal, hermano del primero.

Hubo otros comentarios, todos ellos de grueso calibre. Sólo Ben Hetherley, casado con Delia McDougal, se atrevió a decir algo diferente de los demás.

—¿Podíais esperar algo de ese viejo burlón? —exclamó irónicamente mientras se disponía a encender un grueso cigarro.

—No fumes, Ben —le aconsejó Delia, su esposa.

—A los muertos no les molesta el humo del tabaco —respondió Hetherley irónicamente.

Había un total de trece personas, alrededor de una gran mesa, cuya cabecera estaba ocupada por Malcolm Weghson, abogado del difunto Silas McDougal. Weghson esperó pacientemente a que cesaran los comentarios provocados, no sólo por su inesperada presencia en la casa, sino por los propósitos que había manifestado al convocar allí a los presuntos herederos del muerto.

—Lo siento, señoras, señores —dijo Weghson tranquilamente, sin que se alterase un ápice el tono de su voz—. El difunto señor McDougal me lo había encomendado repetidas veces y no sólo de palabra. Sino por escrito, según podrán comprobar todos ustedes cuando lean la carta que me entregó para ser abierta después de su muerte. ¿Alguno de los presentes quiere leerla?

Ed Kinderhare, casado con Pamela McDougal, agitó una mano desdeñosamente.

—Confiamos en su palabra, abogado —manifestó—. Vamos, empiece ya la lectura del testamento.

Weghson carraspeó. De su cartera negra, situada sobre la mesa, extrajo un sobre de buen tamaño, en cuyo reverso podían verse cinco discos de lacre rojo.

—Este sobre contiene otro con la última voluntad de Silas McDougal, y fue guardado en el que están viendo, en presencia de dos testigos de acreditada solvencia —declaró solemnemente—. Ni los testigos ni yo conocemos el contenido del sobre; únicamente podemos testificar que Silas McDougal me lo entregó, asegurando que contenía el testamento. También juró que no había ningún otro testamento y que el que había otorgado, precisamente ante mí, hace cinco años, quedaba declarado inválido. Este primer testamento fue destruido en presencia de los dos testigos ya citados, uno de los cuales, para tranquilidad de ustedes, es el inspector Timothy Kendrake, de Scotland Yard.

—Vaya —comentó Ellie, reciente viuda de un McDougal, pero sin que lo lamentase demasiado, rabia estrepitosa y de formas opulentas, difícilmente contenidas en su ajustado vestido de luto—, nunca nos imaginamos que el viejo usurero tuviese tan buenas amistades.

—Tengo la sensación que ustedes no conocían demasiadas cosas de la vida de su difunto tío —sonrió Weghson—. En fin, creo que es hora ya de dar comienzo a la lectura del testamento.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué, cuando su cadáver está todavía caliente? —Se estremeció Harry McDougal, soltero, aunque secretamente enamorado de la reciente viuda.

—Ésas son las instrucciones que me dio Silas y que aseguró estarían repetidas en el sobre que me entregó cerrado —contestó el abogado Hubo una leve pausa de silencio. Ellie McDougal dirigió la mirada hacia la puerta entreabierta, a través de la cual podía verse el túmulo que soportaba el ataúd, en el que se encontraba el cadáver de Silas McDougal, fallecido aquella madrugada.

Cuatro enormes cirios estaban situados en los ángulos del ataúd. El olor de la cera quemada llegaba hasta la sala, denso y casi asfixiante.

Al fin, Weghson rasgó el primer sobro. Doce cuellos, los de siete hombres y cinco mujeres, se alargaron ávidamente hacia el sobre que el abogado acababa de poner a la vista.

—«Éste es mi testamento, escrito y redactado de mi puño y letra,

el día 12 de marzo de 1973. Firmado, Silas McDougal». Hay, además, tres firmas, las de los testigos y la mía —expresó el abogado.

—Bien, bien, abra de una vez ese maldito sobre —pidió ansiosamente Regis McDougal, casado con Louis Burke.

La plegadera de Weghson rasgó el sobre. Segundos después, los herederos veían un documento en las manos del abogado.

Weghson empezó a leer:

—«Escribo este testamento en pleno uso de mis facultades mentales, según podrá declarar el doctor Mortimer Simpson, que me ha reconocido en la mañana de este día. Por tanto, no hay locura alguna ni desvarío en cuanto escribo.

»Mis herederos quieren asesinarme. Ellos lo negarán, lo sé muy bien, pero ya no pueden aguardar más a heredar mi fortuna. Los unos por ansiosos, los otros por tramposos, todos por codicia, quieren empezar a disfrutar cuanto antes del dinero que he acumulado a lo largo de sesenta y ocho años de vida. No quiero privarles, en parte, de cierto disfrute de la vida; por tanto, cada uno de ellos recibirá la suma de cinco mil libras esterlinas, que les serán entregadas en el acto, después de la lectura del testamento, por medio de sendos cheques que van incluidos en el sobre.

»El resto de mi fortuna irá a parar a cierto heredero, cuyo nombre no hago público en este momento. Cuando él lo juzgue oportuno, se presentará a hacerse cargo de todos mis bienes, acreditando su personalidad mediante un documento, que envié a su abogado, el cual, al tener noticia de mi muerte, escribirá a Malcolm Weghson, a fin de participarle detalles y circunstancias personales de su cliente y mi heredero universal.

»Pero pudiera ocurrir que, al igual que ha sucedido conmigo, mis herederos quisieran asesinar al otro. En tal caso, digo, toda mi fortuna irá a parar a obras benéficas, de modo que lo mejor será que disfruten de esas cinco mil libras antes de morir.

»Si, habéis oído bien, queridos sobrinos, antes de morir, porque, aunque cerréis mi tumba con una montaña de cemento y la aseguréis, además, con kilómetros de cadenas, yo saldré de ellas para castigar vuestro crimen. Tenéis cinco mil libras cada uno; disfrutadlas antes de morir.

»Lo creáis o no, yo saldré de la tumba para castigaros».

* * *

Después de la lectura de la carta-testamento, hubo un vendaval de protestas.

—¡Echemos el cadáver al rio! —gritó Ben Hetherley, enrojecido no tanto por la ira, como por los frecuentes tragos de alcohol que se habla propinado durante toda, la tarde.

—¿Tienes miedo de que ese carcamal salga de su fosa? —se burló Ellie.

—Vengan mis cinco mil libras —exigió Harry.

Solemnemente, Weghson extrajo doce trozos de papel, de forma alargada, que entregó sucesivamente a cada uno de los herederos.

—Los casados ganan; ellos reciben diez mil libras —dijo Ellie, despechada.

—Señor Weghson —gritó Kinderhare—, ¿dónde está el oro del viejo?

—¿Qué oro? —exclamó el abogado, vivamente sorprendido.

Kinderhare arrojó sobre la mesa un disco de oro, grande, pesado, con unos extraños grabados en su superficie.

Se lo quité yo un día, sin que se diese cuenta —declaró cínicamente—. Gran parte de su fortuna había sido realizada en oro. Abajo, en el sótano, instaló un crisol y un troquel.

Acuñaba monedas con su efigie y cada una, al peso solamente, vale más de cincuenta libras esterlinas. ¿Sabe usted que en alguna parte de esta casa hay escondidas dos toneladas de oro?

Weghson respingó.

—Dos toneladas —repitió.

—Sí, señor —insistió Kinderhare—. Y eso lo podría confirmar el maldito Black Fortham, su criado… y su ángel negro, añadiría yo también.

Weghson empezó a recoger sus papeles.

—Lo siento, señoras, caballeros —dijo—. Mí misión aquí ha terminado con la lectura del testamento y la entrega de los nueve cheques. El resto es asunto de ustedes, pero de una cosa pueden estar seguros: el difunto señor McDougal nunca me habló de su oro. ¡Buenas noches!

Ellie alargó une mano para tomar la moneda y observarla con cierto detenimiento. Sí, el perfil que había troquelado en el áureo metal era inconfundible. También aparecía grabado el nombre de

Silas McDougal y el año en que las monedas habían sido acuñadas.

El anverso y el reverso eran idénticos. Ellie sopesó la moneda; al menos pesaba cuarenta gramos, calculó. Si era así, tenía un valor superior a los ciento cincuenta dólares, unas cincuenta libras esterlinas.

—El viejo diablo —masculló, disgustada.

—Eh, dame la moneda, tú —pidió Kinderhare con no muy buenos modos.

—¿Cómo se la quitaste. Ed? —Quiso saber Regís.

—Le distraje un poco. Pero no pude llevarme más; el condenado Fortham apareció y me echó del sótano poco más que a puntapiés.

—¿Hace mucho? —Quiso saber Delia.

—Un año, poco más o menos.

—Y te lo habías callado. —Ellie soltó una risita—. Ed, eres más largo de lo que pareces. ¿Has sido tú el asesino del viejo?

Kinderhare soltó un bufido.

—No digas tonterías, estúpida —rezongó.

Harry McDougal se acercó a la viuda y puso una mano en su muslo. Sonriendo con toda delicadeza. Ellie le atizó un codazo que lo dejó sin respiración. Alguien soltó una risita.

Otro refunfuñó:

—Vaya manera de velar a un muerto.

—Al menos, nos ha dejado cinco mil libras por barba —comentó otro de los herederos, Regis.

—¿Incluyendo a Delia en lo de la barba? —dijo Harry sarcásticamente.

Delia McDougal, madura, delgada y sin atractivo, tenía ya bozo en el labio superior.

Furiosa, agarró un cenicero y se lo tiró a Harry. El mordaz se inclinó y el cenicero fue a estrellarse contra la pared.

—Está bien, está bien —dijo Ted, tratando de poner orden—, dejémonos de disputas.

Hay algo que nos interesa a todos sobremanera, en estos instantes. ¿A qué hora enterramos al viejo?

—A mí me interesa mucho otra cosa —dijo Ellie pensativamente. Varios pares de ojos se fijaron en ella. Tras una corta pausa, Ellie añadió:

—¿Quién es el heredero desconocido?

Todos callaron. Nadie sabía responder a la pregunta.

CAPÍTULO II

Sentado apaciblemente, junto a la orilla, Melvin Yale contemplaba el perezoso discurrir de las aguas del río. Un poco más lejos, su coche reposaba a la sombra de los árboles. A sus espaldas, a unos quinientos metros de distancia, se veían algunos edificios, parte del caserío de Kerbury, oculta casi por completo una colina de forma redondeada y bastante alargada.

En la ladera opuesta se veía el cementerio. Más cerca, a unos doscientos pasos de distancia, aguas arriba, había un puentecillo de madera, que permitía el paso de peatones y caballerías. Los vehículos debían utilizar uno de piedra, situado a cosa de media milla de distancia.

Yale se tomaba unas cortas vacaciones. Había partido, casi sin rumbo, dispuesto a detenerse en algún agradable paraje, lejos de la gran urbe londinense, y después de un par de días de exploración, había ido a caer a la orilla de aquel río, lugar que le parecía el más atractivo de todos los que había visto hasta aquel momento.

En Kerbury, se dijo, habría alguna posada donde podría alojarse durante las noches. Por el día, el tiempo era magnífico, comería en el campo, bocadillos preparados o bien de las truchas que pescase. Pensaba pasarse una semana estupenda; De pronto, oyó una voz pastosa:

—¿Pican, pican?

Yale se incorporó un tanto.

—Hola —sonrió al hombre que parecía haber surgido de la tierra, a cuatro pasos de distancia—. No, todavía no he podido estrenarme —añadió—. Pero no tengo ninguna prisa, se lo aseguro.

El hombre se sentó a muy poca distancia. Era alto, delgado, de nariz prominente y pelo completamente blanco. Su rostro, observó Yale, aparecía más que pálido, casi verdoso.

—Aquí solía yo venir antes de morir —dijo el hombre.

Yale respingó.

—Oiga, por lo que veo, usted está vivo —exclamó, tratando de aparentar buen humor ante lo que estimaba una chifladura propia de un hombre de avanzada edad.

—No, no, estoy muerto. Me asesinaron, ¿sabe?

—Oh, ¿y por qué no fue a la policía? —preguntó Yale con acento despreocupado.

—¿Cree que me dieron tiempo? En Kerbury no hay policía, en primer lugar; luego, no me hicieron la autopsia…

La caña hincada en el suelo se agitó de pronto.

—¡Tire, tire! —exclamó el desconocido.

Pero cuando Yale quiso reaccionar, el pez se había escapado ya.

—Permítame, amigo —dijo el singular individuo—. Sin Inmodestia, puedo asegurarle que entiendo bastante de pesca. Usted es novato, ¿verdad?

Yale sonrió mientras pasaba los trebejos al singular individuo.

—He leído algo, me dieron unos consejos…, más que nada, pesco por pura distracción —contestó.

—Sí, ya me parecía. Perdón, no me he presentado. Soy Silas McDougal.

—Encantado, señor McDougal. Mi nombre es Yale, Melvin Yale.

—Londres, ¿eh?

—Sí, señor. Usted es de aquí, a lo que parece.

—Bueno, sí no nací en Kerbury, al menos sí morí en esa cochambrosa aldea y me enterraron en su cementerio.

—Menos mal que ahora hace buen tiempo.

—¿Por qué dice eso, Mel?

—Bueno, así no pasará tanto frío en su tumba.

Yale estudió el rostro de McDougal, temeroso de recibir alguna respuesta un tanto violenta a la broma que había soltado. Pero el individuo aparecía completamente serio.

—El tiempo no importa en la frialdad de la tumba. Aunque el suelo arda en el verano, los muertos siempre tenemos frío en la sepultura —contestó el anciano.

El anzuelo había sido lanzado ya. Asombrado, Yale vio pescar la primera trucha, que no pesaba menos de medio kilo.

En pocos minutos, McDougal pescó media docena de hermosos peces, que dejó sobre la hierba. Se limpió las manos y miró al joven

sonriendo.

—Bueno, ahí tiene para una cena por todo lo alto —dijo.

—Eh, oiga, al menos, la mitad de las truchas son suyas, señor McDougal —protestó Yale.

—Los muertos no comemos, amiguito —dijo McDougal, impasible—. Bueno, adiós, se me hace tarde y he de volver a mi sepultura.

McDougal se alejo con paso tranquilo. De repente, Yale notó en el ambiente un extraño olor, mezcla de fetidez cadavérica y humedad de un sitio solitario y abandonado. Aquel olor no era precisamente el de la ribera, que tan agradable le había parecido a su llegada.

Una racha de viento disipó el hedor. Yale miró hacia el puentecillo, pero ya no vio a nadie.

McDougal había desaparecido.

¿Había hablado con algún espectro?, se preguntó.

Pero las truchas estaban allí y eran tan reales como él mismo. Procuró olvidar sus aprensiones y empezó a preparar todo para regalarse con una suculenta cena, de la que dio gracias mentalmente al extraño desconocido que había asegurado volverse a su tumba.

Al atardecer fue al pueblo en busca de alojamiento.

* * *

La calle principal de Kerbury era recta y estaba en cuesta, de unos doce grados, calculó Yale. Al final de la calle había un trozo despejado y después aparecía el cementerio.

La aldea era pequeña y limpia. Yale encontró que el calificativo de cochambrosa que le habla aplicado McDougal no correspondía en absoluto a la realidad.

Tal vez se debía a un sentimiento de desprecio hacia la población. De pronto vio la muestra de una posada,
Sun’s
Inn, y detuve el coche.

Como todos los establecimientos de su género, tenía dos puertas, una que conducía directamente a la posada y la otra que correspondía a la taberna. Yale entró por la primera.

Los muebles eran antiguos, de roble patinado por el tiempo,

pero de una elegancia rústica que agradaba a la vista. Sobre el pequeño mostrador de la recepción divisó un timbre de percusión.

Golpeó el timbre un par de veces. A los pocos minutos, una encantadora joven de pelo castaño y ojos grises entró por la puerta interior que comunicaba con la taberna.

—Hola —saludó la muchacha—. ¿Quiere alojamiento?

—Si no es molestia, señorita…

—Para eso estamos —contestó ella—. Mi nombre es Fanny Owens, señor.

—Soy Melvin Yale, señorita Owens. Estaré en Kerbury una semana, aproximadamente.

Fanny le puso delante el libro de registro. Era una Joven sumamente atractiva, de mediana estatura y silueta perfectamente conformada.

—Yale —dijo ella pensativamente—. Ese nombre me suena…

—En Estados Unidos hay una Universidad que se llama así —sonrió él.

—No, no es eso. Yo he oído mencionar el nombre hace poco… Bueno, no tiene importancia. —Fanny le entregó una llave—. Primer piso, habitación número dos. Es la más amplia y cómoda de todas, incluso con baño individual. En este momento no tenemos huéspedes —explicó.

—Muchas gracias, señorita.

—Le acompañaría yo misma, pero tengo clientes en la taberna. Dispénseme, señor Yale.

—No faltaría más.

A través de la puerta abierta sonaron risas y voces. Mientras subía las escaleras que conducían al primer piso, Yale oyó:

—¿Están puestas todavía las cadenas en la tumba del viejo McDougal?

De repente, Yale sintió el deseo de visitar la sepultura del individuo cuyo nombre acababa de ser pronunciado. Pero era ya tarde; la noche se echaba ya encima y, aunque no temía a los muertos, tampoco tenía prisa alguna por ir al cementerio.

* * *

Estaba tendido en la cama, leyendo una novela, con el fin de ayudar a la llegada del sueño. La ventana estaba entreabierta. En

Kerbury hubiera reinado un silencio casi total, de no haber sido por las voces de los bebedores de la taberna, cuya sala principal se hallaba situada casi debajo de su dormitorio.

De repente se oyó un ruido metálico.

A Yale le pareció que era como el golpe de un badajo contra una campana rajada, un sonido terriblemente desafinado.

Había muy poco de musical en aquel sonido. Más bien parecía un crujido.

El ruido se repitió varias veces más. De repente, sonó un grito:

—¡McDougal está rompiendo las cadenas de su tumba!

Yale saltó impulsivamente de la cama. Vestido sólo con el pijama, se acercó a la ventana y terminó de abrirla.

Media docena de hombres salieron precipitadamente de la taberna y escaparon en todas direcciones. Para Yale, aquella huida sólo tenía un motivo: el terror.

La calle estaba desierta, alumbrada únicamente por media docena de faroles, situados a intervalos irregulares. La luna estaba en creciente, al principio de la fase, por lo que su luz no era apenas apreciable.

Invadido por una singular curiosidad, se puso una bata, metió los pies en unas zapatillas y abandonó el dormitorio. Momentos después, entraba en la taberna.

Fanny, muy pálida, aunque no temerosa, se hallaba detrás del mostrador.

—He oído ruidos —dijo él, como excusa por su presencia en aquel lugar y con semejante indumentaria.

—La gente de Kerbury tiene miedo de un muerto —contestó Fanny.

—Silas McDougal.

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—¿Es cierto que su tumba está sujeta con cadenas?

Fanny hizo un gesto de aquiescencia.

—Literalmente, ataron la lápida con media docena de cadenas muy fuertes —contestó—. Parece ser que McDougal dijo que volvería de su tumba para vengarse de los herederos que le habían asesinado. Alguno de ellos, quizá, creyó en las promesas de un muerto.

—¿Cómo? ¿Lo dijo después de morir?

—No, hombre; lo dejó escrito en su testamento.
—Y la gente del pueblo cree en esa historia de aparecidos.
—Así parece.
—¿Usted también?
Fanny hizo un gesto ambiguo.
—Creo que yo también voy a ser uno de los que admiten esas fantasías —sonrió el huésped—. ¿Viven aquí los herederos de Silas?
—Algunos sí. Ellie, viuda desde hace cuatro meses; Ben Hetherley y su esposa Delia, Finn McDougal y su esposa Margaret… Los otros están ausentes.
—Ya. Personalmente, ¿cree usted que se han roto las cadenas de la tumba?
—Sí.
Hubo una corta pausa. De pronto, Yale sintió un impulso incontenible de visitar el cementerio.
—Voy a vestirme —anunció—. Quiero ver la tumba de McDougal.
Subió al primer piso y se cambió rápidamente de ropa. Aunque hacía buen tiempo, la noche era relativamente fresca, por lo que se puso un jersey de tejido fino y cuello alto, azul oscuro. En la mano llevaba una potente lámpara eléctrica.
Cuando salió a la calle, vio a Fanny en la puerta.
—Yo también iré —dijo la muchacha serenamente.
—¿No tiene miedo al fantasma de McDougal?
Los fantasmas no me asustan. Además, yo no soy heredera de Silas.
—¿Puede explicarse?
—Mientras caminamos, ¿le parece?
—Excelente idea —aprobó Yale.
Echaron a andar. Yale era todo oídos para la historia que lo relataba la muchacha y que había tenido comienzo unas seis semanas antes, fecha de la muerte de McDougal.
Cuando ella terminó, estaban ya en las inmediaciones del cementerio.
—¿Qué fue de Fortham, el criado?
—Se había despedido una semana antes de la muerte de Silas. No se sabe por qué, pero lo cierto es que se marchó de Kerbury. Una mujer hacía la limpieza de la casa, claro que sólo se ocupaba de la

cocina, un dormitorio y una sala, únicas habitaciones que estaban en uso mientras Silas vivió.

—¿Dónde está la casa de Silas?

—En el lado opuesto, fuera ya de la aldea. Ahora vacía, por supuesto —contestó Fanny.

Ya habían llegado al cementerio, que no estaba demarcado por ninguna valla ni tapia.

Las tumbas estaban situadas irregularmente y la mayoría de ellas eran de gran sencillez.

Una de las sepulturas, sin embargo, destacaba sobre las demás. Parecía un gran cajón de granito, de dos metros y medio de largo, por casi dos de anchura y uno y medio de altura aproximadamente.

Había cadenas rotas en torno a aquel túmulo de piedra. Yale adivinó que las cadenas habían estado colocadas como una especie de amarras de la lápida, sujetas a enormes clavos de hierro hincados muy profundamente en el suelo.

Cuatro cadenas transversales y dos en el sentido longitudinal.

Y todas rotas, más o menos por el centro y caídas a los lados de la sepultura.

CAPÍTULO III

Con la linterna, Yale examinó un par de cadenas, precisamente por el punto de rotura.

Fanny le vio con el ceño fruncido, como si estuviese preocupado por alguna cosa de gran interés.

—¿Ha descubierto algo? —preguntó.

Yale alargó la mano izquierda, con la que sostenía uno de los eslabones rotos.

—Han empleado cizallas —dijo.

—¡Oh! —Se asombró ella.

—El corte es limpio, no hay granulaciones propias de una fractura debida a la tensión —añadió Yale.

—Pero todos oímos el ruido desde la posada… Usted también, me parece.

Sí, y eso es lo que encuentro extraño, porque, aunque al cortar las cadenas con una cizalla, se hayan causado algunos chasquidos, en modo alguno pudo llegar el ruido ni siquiera a las primeras casas de Kerbury.

—Entonces ¿qué es lo que ha hecho ese ruido?

Yale meneó la cabeza.

—¿Quién colocó las cadenas? —preguntó a su vez.

—No se sabe. Aparecieron puestas a los pocos días de la muerte de Silas. En la aldea empezaron a hacerse apuestas sobre el día en que Silas abandonaría su tumba…, pero era algo así como evitar la demostración del miedo que todos sentían, como cuando un niño canta en la oscuridad para evitar sentir terror.

—Sí, entiendo. Pero el caso es que Silas ha salido de su tumba.

—Oh, vamos, ¿usted también? —dijo Fanny en tono de reproche.

Yale consultó el reloj.

—Todavía no son las doce de la noche —manifestó—. Esta

misma tarde, estuve hablando yo con un individuo que aseguró llamarse Silas McDougal y que dijo estar fuera de su tumba. Pescó media docena de truchas y luego se despidió de mí, asegurando que se volvía a su sepultura.

Fanny le miró atónita, pensando en que el forastero quería burlarse de ella.

—No es una broma —aseguró Yale.

Fanny reflexionó unos momentos.

—Escuche —dijo repentinamente—. En la taberna tengo la fotografía de un grupo de hombres. Silas figura en la imagen. Usted examinará ahora la fotografía y me señalara cuál de los hombres retratados os el que ha visto esta tarde.

—De acuerdo —convino Yale.

Regresaron a la aldea. Minutos después, entraban en la taberna.

Pendiente de un clavo, en la pared, había una gran fotografía, con un sencillo marco de madera y protegida por un vidrio. En la imagen aparecían hasta dos docenas de hombres, situados en la puerta de la taberna, todos ellos con sendas jarras de cerveza en la mano.

Pero Silas no aparecía en el retrato.

Yale contuvo una exclamación a duras penas. Fanny lanzó un grito de asombro.

Había un rostro en blanco, sustituido por un óvalo de dicho color, que ocupaba el lugar en que debiera haber estado la cabeza de Silas McDougal.

* * *

—¿Cómo es posible…? —dijo Yale, cuando se hubo rehecho de la sorpresa.

Fanny se pasó una mano por la frente.

—No lo sé —contestó—. No tengo la menor idea, se lo aseguro.

—¿Se fijó hoy en la fotografía? —preguntó Yale.

—No estoy segura… Es algo que miro a diario, pero ya no reparo en los detalles…

—Ese óvalo blanco que sustituye al rostro de McDougal es muy visible. ¿Cree que si alguno de sus clientes lo advirtió, no se lo habría informado a usted?

—Es posible, claro —admitió la chica.

—Lo cual significa que el óvalo ha sido puesto durante nuestra ausencia. Hemos estado casi una hora en el cementerio, bueno, entre ir, permanecer allí y volver… ¿Cerró con llave la puerta de la taberna?

—¿Para qué? ¿Quién iba a robar nada?

—¿Vive usted sola en la casa?

—Sí. Hasta hace unos meses, vivió mi tía Adelphia, pero se marchó con una hermana a Gales. Sólo viene una mujer todas las mañanas para ayudarme en la limpieza o cuando tengo demasiada clientela.

—Comprendo. ¿Me permite?

Yale descolgó la fotografía y quitó el cartón protector de la parte posterior… Entonces, sin necesidad de hacer más, vio que faltaba por completo la cabeza de Silas. Había un cuadradito de cartulina, que aparecía ovalado al contemplarse la fotografía de frente, debido a que la cabeza de McDougal había sido recortada en forma de óvalo.

—Me pregunto qué significado tendrá esto —dijo, sumamente pensativo.

—La muerte de Silas resultó siempre muy misteriosa —manifestó la muchacha—. Estaba bien, con la salud perfecta que es posible en un hombre que ya rondaba los setenta años. Nada hacía presagiar su fallecimiento…, pero murió.

—Y dijo que volvería para vengarse de sus herederos.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Ted McDougal vino después del entierro y se emborrachó. Contó la historia a todo el que le quiso escuchar, con pelos y señales. Es algo de público conocimiento en Kerbury, créame.

—¿Cree usted en la existencia de esas dos toneladas de oro?

Fanny se encogió de hombros.

—Así lo dijo Ted —contestó.

—Dos toneladas de oro —murmuró él—. En esta época, el oro ha alcanzado cotizaciones altísimas, incluso ha llegado a ciento diez dólares la onza… Dos toneladas de oro son setenta y una mil onzas, en números redondos, lo que significa casi ocho millones de dólares o más de tres millones de libras esterlinas. Cantidades de fábula, ¿no le parece?

Ella asintió. De repente, se oyó en el exterior un extraño tintineo.

Yale y Fanny volvieron la cabeza a un tiempo. Era un ruidito musical que sonaba a lo lejos, pero que se acercaba con cierta rapidez, a la taberna.

Clinc… clinc… clinc…

Yale corrió hacia la puerta. Fanny le siguió.

Al llegar a la calle, vieron algo inusitado, sorprendente.

Un disco de oro rodaba calle abajo, saltando de cuando en cuando sobre las losas del pavimento, y esos saltos eran los que producían el musical tintineo que habían escuchado ambos Jóvenes.

Yale reaccionó del estupor en que habla caldo al ver la moneda y corrió tras ella, hasta pisarla para conseguir su detención. Luego se agachó y la cogió con dos dedos.

Estaba casi debajo de un farol. La luz era suficiente para poder ver con claridad el aguileño perfil de un rostro humano, el nombre y la fecha grabados en aquel pesado disco de oro.

Fanny se le acercó y contempló la moneda. Luego alzó lo vista hacía la cara de Yale. ¿De dónde había salido la moneda?, era la muda pregunta que ambos se formulaban al mismo tiempo.

* * *

Yale pasó la mayor parte del día a la orilla del río. Silas McDougal no apareció.

De no haber sido por las truchas, hubiera pensado que se había tratado de una aparición. Pero McDougal había pescado y él había comido las truchas. ¿Dónde se hallaba en aquellos momentos?

Al atardecer, regresó a la aldea. La taberna estaba vacía.

—¿Miedo? —preguntó a Fanny.

La joven asintió.

—Ya se han encerrado en sus casas —contestó.

Yale dejó los trebejos de pesca a un lado.

—Póngame cerveza, por favor —solicitó.

Durante unos minutos, permanecieron en silencio. La noche se acercaba con rapidez.

—Tendrá que decirme qué quiere para cenar, señor Yale —dijo Fanny de repente.

El joven se estremeció ligeramente.

—Silas tenía razón. Yo no sé pescar. Él, en menos de un cuarto de hora, pescó seis truchas —manifestó.

—¿Qué tiene que ver eso con la cena que he de prepararle? —Sonrió Fanny.

—Pues… me habría gustado probar las truchas preparadas por usted —declaró Yale.

—Otro día será. Tengo carne fría de cordero; puedo calentarla y añadir verduras y patatas…

Un súbito grito interrumpió a la muchacha.

Era el alarido de terror de una persona en peligro, y sonaba a poca distancia. De pronto, se oyeron pasos precipitados en el exterior.

Una mujer irrumpió en la taberna, lívida, desmelenada, gritando:

—¡Fanny! ¡El fantasma de Silas se ha llevado a mi esposo!

* * *

Yale reaccionó con rapidez y corrió hacia la mujer, que parecía a punto de desplomarse al suelo. Sosteniéndola casi en vilo, la llevó junto a una mesa, sentándola en una silla.

—Fanny, traiga una copa de aguardiente —pidió.

La mujer lloraba y gemía Incoherentemente.

—Silas vino a nuestra casa Llamó a Ben y le ordenó seguirle… Ben no supo resistirse…

—Es Delia Hetherley —dijo Fanny, a la vez que se acercaba con una copa en la mano.

Yale procuró que la mujer tomase un buen sorbo de licor. Delia tosió y estornudó, pero su excitación no parecía calmarse.

—Fanny, ¿hay médico en Kerbury? —preguntó.

—No, reside en Shermontown, a doce millas de aquí. Sólo viene cuando alguien lo necesita, pero si lo que quiere es un sedante, yo tengo arriba, en mi dormitorio.

—Sí, traiga un par de tabletas. A esta mujer le conviene dormir —dijo Yale.

Delia se ahogaba a veces. Yale trató de calmarla.

—Señora, dígame, ¿cuánto tiempo hace que Silas se llevó a su esposo? —inquirió.

—Una media hora… quizá un algo más… Yo vi aquella

espantosa aparición y me desmayé… Cuando me recobré, vine en busca de socorro…

Yale miró hacia la calle. Era extraño, se dijo: ni uno solo de los habitantes de la aldea se había asomado al oír los gritos de Delia.

Fanny vino a los pocos momentos con un vaso de agua y las dos tabletas de sedante, que Delia ingirió a duras penas. A los pocos momentos, Delia empezó a cabecear.

Yale la cogió en brazos.

—Indíqueme una habitación para que pase aquí la noche —rogó, Fanny se dirigió hacia la escalera.

—Dormirá hasta bien entrada la mañana —aseguró.

Cuando Delia estuvo arropada, Yale y la joven salieron al pasillo.

—Señor Yale, ¿cree usted que Silas vino a buscar a Ben Hetherley? —preguntó con voz tensa.

—No lo sé, pero…, ¿por qué no lo comprobamos?

—¿Sugiere un nuevo viaje al cementerio? —Estremeció la chica.

—Yo pienso ir, ahora mismo, por supuesto. Fanny inspiró fuertemente.

—Le acompañaré —dijo.

Minutos después, salían de la posada. En las demás casos no había una sola ventana abierta ni una luz encendida.

Caminaron con paso rápido, pese a la pendiente. Llegaron al cementerio y se dirigieron en derechura hacia el aparatoso panteón de McDougal.

De pronto, Fanny lanzó un grito de horror.

Yale sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sobre la lápida que cubría la sepultura, había un hombre tumbado boca arriba, completamente inmóvil.

Tras unos segundos de indecisión, Yale subió al pequeño pedestal que sostenía la estructura del panteón. Con las yemas de los dedos, rozó la mejilla del hombre, hallándola ya fría.

No había ninguna señal de herida en el cuerpo. De no haber sido por la frialdad de la muerte, podría haberse dicho que el hombre dormía apaciblemente.

Al cabo de un momento, se volvió hacia la muchacha.

—Fanny, ¿lo reconoce? —preguntó.

—Sí, es Ben Hetherley —contestó la interpelada.

CAPÍTULO IV

—Colapso cardíaco —dijo a la mañana siguiente el médico de Shermontown, llamado para certificar la muerte de Hetherley.

—¿Será necesaria la autopsia? —preguntó Yale.

—No, a menos que lo solicite la viuda. Pero si lo desea, no me sentiré ofendido por ello —contestó el galeno.

El cadáver de Hetherley había sido llevado a su propia casa. Finalmente, Fanny habla conseguido de dos vecinos de Kerbury que la ayudasen a ella y a Yale a llevar el cuerpo de Hetherley a su propia residencia.

En Kerbury había un comercio, cuyo dueño tenía algunos ataúdes sencillos. Hetherley fue situado en uno de ellos. El sepulturero estaba cavando ya la fosa.

—Gracias, doctor —fue todo lo que dijo Yale.

El médico se marchó. Yale quedó junto al cadáver. Aquella expresión de horror que se reflejaba en el rostro de Hetherley, era una mueca de dolor al parecer causada por el ataque cardíaco o el espanto que había sentido al ser llamado por Silas McDougal.

De pronto, se oyó una voz de mujer en la puerta de la sala, donde se había colocado el ataúd:

—¿Molesto?

Yale se volvió. Aquella mujer, la reconoció sin haberla visto, no podía ser otra que Ellie, la viuda joven y atractiva. Aunque demasiado metida en carnes, para su gusto.

—Por supuesto que no, señora McDougal —contestó.

Ellie avanzó sonriendo, como si no le turbase el cadáver que yacía en el féretro, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Al fin «cascó», ¿eh? —dijo cínicamente.

—Colapso cardíaco, según el médico, señora —dijo Yale Ellie le miró fijamente.

—Usted es el forastero que se hospeda en la posada de Fanny —

dijo. Le tendió una mano—. ¿Cómo está, Melvin? Llámeme Ellie, por favor.

—Encantado, Ellie. ¿Ha hablado usted con Delia?

—No, creo que todavía duerme. Pero sé que vio a Silas llevarse a su marido.

—¿Cree la historia?

Ellie se encogió de hombros.

—Ese maldito viejo era capaz de cualquier cosa, incluso de salir de su tumba después de enterrado —contestó.

—A usted no le caía simpático, ¿verdad?

—¿Quién podía sentir simpatía hacia él? Podrido de dinero, pero obsesivamente avaro.

—¿Murió de muerte natural o fue asesinado?

—En su testamento aseguró que iba a ser asesinado. Una cosa es segura, Melvin: yo no lo maté. Pero me alegré de que muriese. —Ellie sonrió seductoramente—. Después del entierro, venga a tomar una taza de té en mi casa —invitó.

—No sé cuál es, Ellie.

—La tercera a la derecha, entrando desde la carretera de Shermontown —indicó ella—. También nos veremos en el cementerio, claro.

Ellie inició la retirada. Yale se dio cuenta de que no se sentía turbada en absoluto por el cadáver.

—Un momento, Ellie, por favor —rogó.

La joven se volvió y le miró inquisitivamente.

—¿Ha visto esta clase de monedas antes, en alguna ocasión? —preguntó Yale.

Las negras y espesas cejas de Ellie se arquearon en un inequívoco gesto de sorpresa.

—Sí —dijo—. Precisamente Ed Kinderhare enseñó una idéntica el día en que murió el viejo. ¿De dónde la ha sacado usted?

Yale explicó lo ocurrido. Ellie estaba atónita.

—Diríase que vino rodando desde el cementerio, ¿no cree? —exclamó, cuando él hubo terminado su breve relato.

—Eso parece, pero también alguien pudo lanzarla desde el final de la calle.

—Finn vive en una de aquellas casas —dijo Ellie—. Sin embargo, me parece que no es hombre capaz de lanzar cuarenta

grumos de oro, sólo por gastar una broma a la gente. Si agarrase una de osas monedas, cerraría la mano en torno a ella de tal modo, que sería preciso quemársela por completo para que la soltase.

—Avaro, ¿eh?

—Como su difunto tío Silas.

—Difunto… ¿o vivo?

Ellie hizo un gesto ambiguo. Sonrió.

—No lo olvide venga a tomar el té conmigo después del entierro —se despidió.

Lo que menos pensaba Yale era en aceptar una invitación semejante, al menos, en la hora indicada por Ellie. Otro día, quizá.

* * *

El pastor rezó las últimas oraciones y el féretro fue descendido a la tumba. Atardecía ya y los rayos del sol eran de color rojo sangre.

En torno a la sepultura había un grupo de personas de ambos sexos, todas ellas vestidas de negro. Melvin Yale contemplaba la escena desde un lugar discreto, sin intervenir en la ceremonia.

Los asistentes lanzaron los primeros puñados de tierra. Luego, el sepulturero empuñó la pala.

De repente se oyó un ruido extraño, absolutamente incomprensible en aquellas circunstancias.

Una carcajada.

Primero empezó por una risita burlona, de tonos más bien suaves, luego, el volumen de los sonidos aumentaron con gradual rapidez, hasta convertirse en una risa homérica, en una descomunal carcajada, cuyos ecos llegaron incluso hasta las casas de la aldea.

Los herederos de Silas se volvieron instintivamente. La tumba de McDougal se hallaba en un lugar dominante, casi en la cúspide de la colina.

Realmente, dominaba con su mole abrumadora todo el cementerio.

Y la risa parecía brotar de aquel túmulo de granito.

Una mujer gimió. Delia lanzó un chillido:

—¡Cállese, cállese!

Hablaba, se percató Yale, como si se dirigiera al difunto McDougal. Las risas cesaron de repente.

—¡Qué espectáculo tan encantador! —Dijo una voz, que fue

reconocida en el acto por todos los asistentes, incluido Yale—. Mis queridos asesinos, congregados para el entierro de uno de sus colegas. ¿No os predije que saldría de la tumba para vengarme de todos vosotros? ¡Sí, habéis oído bien, todos vosotros!

De súbito, Regis McDougal echó a correr hacia el panteón. Pasó al otro lado, se inclinó y alzó con ambas manos una caja cuadrada de forma oblonga.

—¿Por qué hemos de tener miedo? —gritó—. No es más que una grabación, la broma pesada de alguien que quiere burlarse de nosotros. Silas murió y está enterrado aquí… aquí… aquí…

A la vez que pronunciaba sus últimas palabras, golpeaba frenéticamente el granito con el magnetófono, hasta destrozarlo por completo. Luego tiró los restos a gran distancia.

—¡No hay fantasmas! —insistió—. Silas está muerto y bien muerto. ¿Lo oís?

Delia estaba a punto de desmayarse, lo mismo que Margaret, la mujer de Finn. Los hombres empezaron a reaccionar.

—Será mejor que nos marchemos —propuso Ted, roncamente.

Instantes después, todos los asistentes a la ceremonia, incluso el pastor, se retiraban hacia la aldea a toda prisa.

Los únicos que quedaron fueron Yale y el sepulturero.

Yale observó unos instantes al sujeto. El enterrador parecía completamente tranquilo, como si nada de lo ocurrido le hubiese afectado.

Lentamente, se acercó a él y le ofreció un cigarrillo.

—Buena broma, ¿eh? —comentó.

El hombre le guiñó un ojo.

—Están muertos de miedo —dijo.

—¿Los herederos de Silas?

—Y también muchos que no tuvieron nada que ver con el difunto. Hay un miedo espantoso en Kerbury, créame.

—¿Qué opina usted de la muerte de Silas? ¿Fue realmente un asesinato?

—No me extrañaría en absoluto, aunque la verdad es que ya tenía bastantes años. Pero era muy rico.

—Y los otros muy pobres.

—Además de entrampados hasta las cejas. La verdad os que estaban locos por heredar al viejo Silas. Y se llevaron un chasco,

porque salvo un poco de dinero que dejó a cada uno, todo lo demás fue para un heredero que no se ha presentado hasta ahora ni es conocido por ninguno.

—¿Se imagina usted quién pueda ser ese heredero? El sepulturero hizo un gesto negativo.

—No, señor, no tengo la menor idea —contestó.

Yale lanzó una mirada hacia el túmulo de granito.

—¿Quién puso las cadenas? —preguntó.

—No lo sé, señor, aparecieron a los dos días de la muerte de Silas. Supongo que alguien las colocó durante la noche; la verdad es que en Kerbury se goza de una salud estupenda y yo tengo muy poco trabajo. Claro que el cementerio se ve durante el día, pero nadie se acerca aquí, y menos por la noche, claro.

—Usted no tiene miedo al fantasma de Silas, ¿verdad?

—¿Quién, yo? —El sepulturero lanzó una risita—. A mí, sólo los vivos me dan miedo.

Yale sonrió, a la vez que sacaba un billete de una libra esterlina, que puso en la mano del hombre. —Tómese una cerveza a mi salud — dijo.

—Gracias, caballero, es usted muy amable.

* * *

Se oían voces en la taberna y no parecían de gente contenta.

Yale entró discretamente. Sentados a una mesa, varios hombres parecían discutir con cierta violencia.

Fanny le dirigió una ligera sonrisa. Yale se acodó en el mostrador.

—*Whisky*, por favor —pidió en voz baja.

Ella asintió. Ed Kinderhare lanzó de repente una imprecación.

—Lo que habría que hacer es volar esa maldita tumba con dinamita.

—¿Tienes miedo de los muertos? —preguntó Regis burlonamente.

—Silas está vivo, cumplió su palabra de salir de la tumba…

—Y mató a Ben de miedo, ¿verdad? Harry alzó la mano.

—¿Quién puso las cadenas sobre la tumba? —preguntó.

—A mí no me mires, tú —dijo su hermano Ted.

—Algún bromista…

Harry interrumpió a Ed.

—Pues el que quiso gastarnos esa broma, se gastó un buen puñado de libras. Habla más de veinte metros de cadena, los clavos…, y el trabajo que se tomó para cortarlas después —dijo.

—A mí se me está ocurriendo una idea —exclamó Ted de repente.

—Habla —pidió Finn, silencioso hasta entonces.

—Levantar la lápida y comprobar si el viejo sigue allí.

—Pesa mucho —objetó Ed.

—Con tres maderos y un Juego de poleas, hasta un niño podría levantar la losa —insistió Ted.

—Yo tengo otra idea mejor. —Intervino Harry.

—¿Cuál es? —preguntó Ed.

—El oro. Tiene que seguir en la casa del viejo. ¿Por qué no hacemos una incursión y…? Ted meneó la cabeza con aire sentencioso.

—Ya no puedes entrar allí, esa casa no te pertenece. Es del heredero desconocido —le recordó.

CAPÍTULO V

—Fanny, ¿quién es el heredero desconocido?

Los parientes de Silas se habían marchado ya. En la taberna sólo estaban Fanny y el forastero.

—No lo sé —contestó la chica—. Nadie le conoce ni nadie sabe, por otra parte, que Silas tuviese más parientes.

—¿Cuál era el grado de parentesco de estos herederos con Silas?

—Todos ellos eran hijos de John y Dinorah McDougal. John era el hermano mayor de Silas. Ya murieron hace tiempo. En toral fueron siete, uno de los cuales, Rod, el esposo de Ellie, murió hace unos cuatro meses.

—¿Crimen?

—No. accidente de automóvil. Ellie no lo ha sentido demasiado. Es una McDougal por matrimonio, como Margaret y Lois. Delia y Pamela se casaron con dos primos, Ben Hetherley y Ed Kinderhare. Por tanto, perdieron el apellido.

—Pero me da la sensación de que todos forman un clan muy unido —comentó Yale. Fanny hizo un gesto de duda.

—Hay cierta unión, porque esperan conseguir el oro de Silas —contestó.

—¿Ha visto alguien esa enorme cantidad de oro?

—Yo. no. por supuesto. Pero Ed parece que sí y fue el que lo divulgó.

—Fanny, perdone mi insistencia, pero ¿qué era Silas? Parece ser que en los últimos años de su vida no hacía ya nada. Antes, sin embargo, tuvo que trabajar en algo.

—Nadie lo sabe con certeza. Se rumorea que estuvo metido en negocios algo sucios, que le proporcionaron una gran fortuna. Hace varios años, compró aquí una casa. Los sobrinos, gradualmente, vinieron a establecerse en Kerbury.

—Como cuervos en espera del festín, ¿no es así?

—Acaba de definirlos con toda exactitud —sonrió la muchacha —. ¿Quiere cenar?

—Con una condición, Fanny.

—Usted dirá.

—Acompáñeme a la mesa, por favor. Luego la ayudaré a lavar los platos.

Ella enrojeció levemente.

—Deniego lo segundo —dijo—. Mañana se ocupará de ello la asistenta.

La cena resultó agradable doblemente, por la compañía y los manjares. Al terminar.

Yale anunció sus propósitos de visitar la casa de Silas.

Fanny se estremeció.

—No lo haga —aconsejó.

—¿Teme que se aparezca el fantasma?

—Señor Yale…

—Melvin, por favor. Mejor todavía, Mel —corrigió él, sonriendo.

—Está bien. No siento temor de los muertos, pero sí sospecho que ese pretendido fantasma es alguien que trata de aterrorizar a la gente.

—¿Con qué motivos, Fanny?

—Eso, él lo sabe. Pero no vaya…

—Lo siento. Iré. Estoy decidido —insistió Yale.

* * *

La casa de Silas era grande, de planta y piso y techo de pizarra, a dos vertientes. El jardín que la rodeaba estaba muy descuidado, se podía apreciar incluso a la débil luz de la luna en creciente.

Yale avanzó con cautela. El silencio era absoluto.

Impresionaba, pero Yale estaba decidido a conocer el edificio por dentro.

Llegó al pie de la casa. Recorrió su contorno, hasta dar con una ventana cuyo bastidor le pareció poco seguro.

Sin hacer el menor ruido, lo levantó y pasó al interior. Luego encendió la linterna, cuyo foco, muy potente, había cubierto en parte con un espeso paño negro, que le había proporcionado Fanny. De este modo, el haz de rayos luminosos era muy delgado y su resplandor sería menos visible.

La casa olía a humedad y abandono. Yale asió el pomo de la puerta de la estancia y la hizo girar con infinito cuidado. Una bisagra chirrió levemente y procuró que el movimiento de giro fuese más lento todavía.

Asomó a un vasto vestíbulo. Al fondo divisó una puerta entreabierta. Por su posición, dedujo que debía de dar a un sótano.

Siguió avanzando. De repente, observó algo que le hizo fruncir el ceño.

El pavimento estaba cubierto de una fina capa de polvo, en la que se señalaban varias pisadas humanas con toda nitidez. El rastro acababa en la puerta del sótano.

De pronto, Yale oyó un leve gemido. Los pelos se le pusieron de punta en el acto.

Sintióse tentado de echar a correr, pero la curiosidad fue más fuerte y siguió su avance.

Momentos después, oyó otro ruido similar.

Casi se echó a reír. El supuesto gemido no era sino el resoplido de un hombre ocupado en un trabajo pesado.

Se asomó a la puerta del sótano. Abajo había luz. Oyó un par de golpes y calculó que alguien atacaba una pared de piedra con una barra.

Durante unos segundos, se sintió irresoluto. No sabía qué hacer.

De pronto, percibió un extraño olor.

Todo su cuerpo se puso rígido. Aquel olor…

Lo había percibido con toda claridad a la orilla del río, cuando el hombre que dijo ser Silas McDougal se despidió de él, para volver a su tumba. Pero ya no tuvo tiempo de volverse unas manos le pusieron delante de la nariz un paño húmedo, cuyo olor dulzón y penetrante borró en el acto el hedor de la muerte.

Yale se debatió, pero todo fue inútil. Segundos más tarde, yacía inconsciente en el suelo.

Abajo, Regis McDougal seguía golpeando las piedras con la barra de hierro. De repente, le pareció que no estaba solo.

Volvió la cabeza. Un grito de terror se escapó de sus labios.

—Estás buscando mi oro, ¿verdad? —dijo el recién llegado.

Regis retrocedió. Tropezó con una caja vieja y cayó por tierra.

—No… no se acerque… —pidió con voz llena de pavor.

Sonó una risa baja, siniestra, fantasmal. Regís se sentía sin

fuerzas, helado de terror.

Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Entonces, el otro atacó.

Momentos después. Regis yacía en el suelo, completamente inconsciente. Despertó mucho más tarde, dándose cuenta de que estaba erguido, pero sin posibilidad de moverse. Incluso tenía la cabeza sujeta a la pared, por una ancha tira de cuero, que le rodeaba la frente y las sienes y estaba atada en la nuca a un gancho de hierro grande.

Le pareció que se hallaba en un ataúd puesto de pie. Delante de él había una abertura que no media más de cuarenta centímetros de largo por treinta de alto, las dimensiones justas de la piedra que faltaba en aquel lienzo de pared.

Delante de él había un rostro, cuyos ojos brillaban como carbones encendidos.

—Tío Silas… —gimió.

El fantasma se echó a reír.

—Quieres oro, ¿verdad? —dijo.

Una mano cadavérica pasó a través del hueco y colocó en la boca del prisionero un gran disco de oro. Regis intento escupirlo, pero no pudo.

—Ahí tienes oro —rió el fantasma.

Los ojos de Regis estaban desorbitados. De pronto, vio que la luz se ocultaba.

Entonces comprendió que la piedra habla ocupado su puesto. Quiso gritar, pero con los esfuerzos que hizo, la moneda se deslizó hasta su garganta y lo ahogó.

* * *

Yale estiró voluptuosamente los brazos. Miró a través de la ventana y pudo ver que lucía un sol radiante.

—Buen día para pescar a la orilla del río —se dijo alegremente.

Sentóse en la cama. De súbito, se acordó de todo lo que había ocurrido durante la noche.

El hedor de cadáver, el olor del cloroformo, su desvanecimiento… ¿Quién le había traído hasta allí, desvestido, puesto el pijama y acostado después en su propio lecho?

Torpemente, sintiendo en la boca un pésimo sabor, se levantó.

Fue al baño y se mojó la cabeza abundantemente, hasta conseguir despejarse del todo.

Vistióse en pocos momentos. Luego bajó al comedor de la taberna.

La puerta de la cocina estaba abierta.

—Buenos días. Mel —saludó Fanny desde la cocina—. Dentro de cinco minutos tendrá listo el desayuno. ¿Ha dormido bien?

Yale se sentó frente a la mesa. Fanny vino a poco con una gran bandeja en las manos.

—Tiene mala cara —observó la muchacha—. ¿Qué le sucede? ¿Ha pasado mala noche? Yale hizo un ademán.

—Siéntese ahí, por favor —solicitó.

—Tengo trabajo. —Intentó ella disculparse.

—¿Trabajo? —Yale rió agriamente—. Si esto sigue así, acabará arruinándose, Fanny.

—Ya se pasará. No hay ningún mal eterno —contestó ella filosóficamente—. Y, aunque sea hablar de manera egoísta, mis problemas no son los problemas de los McDougal con el fantasma de su tío.

—Eso es cierto. Fanny, dígame, ¿qué hay en la parte posterior de la posada?

—Pues… ¿Por qué lo pregunta?

—Conteste, por favor.

—Bueno, hay un pequeño patio…, ahora ya no es más que un sitio casi vacío, con algunos trastos viejos… En tiempos hubo un par de carros, la cuadra para media docena de caballos y hasta un pequeño gallinero. Ahora, como digo, es sólo un recinto vacío.

—Con una puerta que, si no me equivoco, da al campo.

—Sí.

—Y en la casa hay otra puerta, trasera, que da al patio.

—Exacto. Pero, dígame, ¿a qué viene todo esto? —Se asombró Fanny.

—Usted tiene el sueño muy pesado, ¿verdad?

—Esta noche he dormido de un tirón. Me costó, pero conseguí dormir desde las once y media, más o menos, hasta las siete.

—Lo cual significa que no ha oído nada —suspiró Yale—. Está bien, anoche volví a ver al fantasma. Aunque la palabra «ver» no sea quizá la más apropiada en este caso.

Fanny saltó en su silla.

—Vamos, cuente —pidió, excitada.

Yale habló durante algunos minutos. Cuando terminó. Fanny se sintió estupefacta al enterarse de lo ocurrido durante la noche.

—Y dice que el fantasma le atacó…

Y me cloroformizó. No sé qué pasaría después, pero una cosa es segura: yo me dormí en casa de Silas y desperté aquí, ya desvestido y con el pijama puesto.

—¿No pudo haber vuelto en estado de semiinconsciencia, acostándose por sí mismo?

—En tal caso, no habría guardado ninguna precaución. Hubiera hecho ruido y la habría despertado a usted. El hombre que me trajo aquí…

—¿Hombre o fantasma? —Dudó Fanny.

—No creo en fantasmas. Tuvo que ser un hombre.

Y muy fuerte, además, para poder traerme a cuestas desde más de quinientos metros de distancia.

Fanny se quedó pensativa un instante. De pronto, antes de que pudiera hablar, se abrió la puerta y un hombre irrumpió en la posada.

—¡Fanny! ¿Has visto a mi hermano Regis? —preguntó Ted McDougal.

CAPÍTULO VI

La muchacha se puso en pío.

—No, Ted —contestó—. Por qué había de estar aquí, cuando tiene casa propia.

—No ha pasado la noche en casa. Lois le está buscando. Teme lo peor —manifestó el recién llegado.

Yale frunció el ceño.

—¿Qué aspecto tiene su hermano? —preguntó.

Ted le miró con curiosidad.

—Usted es el tipo que estaba en el cementerio cuando enterramos a Ben —dijo.

—En efecto, señor McDougal —contestó.

—Ted, es el señor Yale —dijo Fanny.

—Mucho gusto, amigo, pero ¿por qué pregunta el aspecto que tiene mi hermano?

—Curiosidad. Anoche vi a un hombre buscando algo en el subterráneo de la casa de Silas. Supongo que sería su hermano Regis.

—¿Qué hacía usted en aquella casa? —preguntó Ted hoscamente.

—Ya le he dicho que soy muy curioso —respondió Yale.

—El señor Yale es periodista. —Intervino Fanny.

—Lo fui en tiempos. Ahora hago los guiones para una productora de cine —sonrió el forastero.

—Busca aquí ambiente para sus películas, ¿eh? —Rezongó Ted —. Está bien, seguiré buscando… Lois está destrozada, Fanny, teme lo peor, créeme.

—Yo también, señor McDougal. Le voy a hacer una proposición. ¿Por qué no me deja terminar el desayuno y vamos luego los dos a casa de Silas?

Ted dudó un momento. Yale sonrió.

—Fanny, por favor, sírvale una taza de té; creo que la está necesitando. Y si le pone algo de ginebra, mucho mejor todavía.

Ted se sentó frente al joven.

—No me gusta lo que está pasando —declaró francamente.

—¿Mataron ustedes a Silas?

Ted respingó.

—¡No, diablos! —contestó—. Por lo menos, yo no tuve parte…

—Ah, luego admite que alguien de su familia pudo intentarlo.

—Usted no es juez ni policía: no tiene derecho a interrogarme —contestó Ted hoscamente.

—No, no tengo derecho —convino Yale—. Tampoco tengo remordimientos de conciencia —añadió incisivamente.

—¡Yo no soy un asesino! ¿Me oye?

—Perfectamente, amigo mío. Pero lo ha dicho como, si en realidad lo fuese. Y no tiene que disculparse conmigo, sino con la policía… o con su tío Silas.

Ted barbotó una maldición. Fanny llegaba en aquel momento con el té.

—Modera tu lengua —le dijo, con acento de reproche.

McDougal se disculpó. Bebió el té con ginebra de un par de sorbos y luego se puso en pie.

—¿Le falta mucho para desayunar, señor Yale? —preguntó.

Yale se limpió los labios y dejó la servilleta a un lado.

—He terminado —contestó.

* * *

En el camino se encontraron con Ellie.

—He salido a dar un paseo y… ¿Qué sucede, Ted?

—Regis ha desaparecido —contestó el aludido de mal humor—. Lois anda como loca y me llamó para ver si podía encontrarlo. El señor Yale dice que lo vio anoche en casa de tío Silas.

Ellie se volvió hacia el forastero y le miró maliciosamente.

—Se siente intrigado por lo que sucede, ¿no es así? —dijo.

—Lo admito —respondió Yale sonriendo.

—Ted, iré con ustedes, si no hay inconveniente —manifestó Ellie.

McDougal se encogió de hombros.

—No sé qué diablos de maldita idea nos dio… —dijo entre

dientes, pero Yale no logró entender el resto de la frase.

Había una cosa que sí le parecía claro: los McDougal, al menos la mayoría, no tenían la conciencia tranquila.

Minutos más tarde, llegaban a la casa. Ted rompió sin remilgos los cristales de una ventana para pasar al interior. Entró y Yale le siguió. Luego, el forastero ayudó a Ellie a trepar hasta el antepecho.

Ellie cayó sobre él, desde la ventana, colgándose de su cuello, a la vez que soltaba una risita.

—Oh, iba a caerme —dijo.

Yale la miró desde medio palmo de distancia. El gesto había sido bien deseado. Yale sintió el cálido contacto de los senos de Ellie y la llamarada del deseo ardió durante un instante dentro de él. Pero logró dominarse y se separó, sonriendo cortésmente.

—Me alegro de haberle evitado daño —dijo.

Ted se había perdido de vista ya. De pronto, le oyeron gritar:

—¡Vengan, vengan!

Yale y Ellie corrieron hacia el sótano. Esta vez, Yale pudo tener una visión más detenida del lugar, cuyas dimensiones, menos en longitud y anchura, correspondían a las de la casa. Había unas cuantas lámparas colgadas del techo, abovedado en dos naves, sostenidas por los muros y por una hilera central de cuatro recias pilastras de mampostería.

Ted estaba frente a un trozo de pared, al pie del cual había una artesa en la que aún se veía un poco de mortero, ya fraguado un saco de cemento casi vacío y algunas herramientas. Yale se dio cuenta de que era allí donde había visto a Regis, aunque la víspera no había otros elementos que la barra con que Regis quería arrancar las piedras del muro.

—¡Está aquí, aquí! —Gritó Ted—. Mi hermano ha sido enterrado vivo.

Yale frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—¿Es que no está viendo el cemento? En la pared se ven señales de que las piedras han sido unidas recientemente por medio del mortero. Incluso hay sitios en los que todavía está un poco húmedo…

De pronto, Ted agarró la barra de hierro y empezó a golpear los intersticios de las piedras. Yale sintió que unos dedos se crispaban

sobre su brazo.

Volvió la cabeza un poco. Ellie no era ya la mujer de rostro incitante y sensual con el que se mostraba habitualmente. Ahora aparecía muy pálida, temerosa, con el pecho opulento agitado por una espasmódica respiración.

El sudor caía a chorros por la cara de Ted. Al fin, después de ímprobos esfuerzos, consiguió extraer la piedra en torno a la cual había visto la argamasa casi fresca.

Yale le ayudó. Un negro hueco quedó a la vista. Al otro lado surgió un rostro contorsionado por una horrible agonía.

Ellie lanzó un grito y se desmayó. En cuanto a Yale, tuvo que volver la cabeza a un lado: el aspecto de la cara de Regís era demasiado espantoso, para contemplarla mucho rato.

Más tarde, con la ayuda de los otros hermanos, a los cuales fue Ted a avisar, consiguieron retirar el resto de las piedras. Entonces vieron a Regis sólidamente atado y sujeto a la pared por la cabeza, la cintura y los pies. Poro también vieron algo más, a través de su boca horripilantemente abierta: el opaco brillo de algo dorado.

Yale tuvo que hacer de tripas corazón. Con ayuda de unas largas pinzas, consiguió extraer la moneda de oro, que depositó sobre una de las piedras.

Finn, el hermano mayor, sacó un pañuelo, cogió la moneda y la limpió cuidadosamente.

Estaba muy afectado por la muerte de Regís, pero Yale se dio cuenta de que había algo que lo preocupaba más todavía.

—¿Dónde está el resto de las monedas? —preguntó a media voz.

* * *

Una losa invisible parecía abrumar la aldea con su peso. Se veían hombres y mujeres que iban y venían a sus ocupaciones habituales, pero en silencio, hablando sólo lo indispensable, como sí todos y cada uno temieran ser objeto de la venganza de Silas McDougal. Fanny se encontraba asimismo muy afectada por lo ocurrido.

Yale había sugerido que debían avisar a la policía. Finn, el hermano mayor, apoyado por su cuñado Ed Kinderhare, por Harry y por Ted, había rechazado enérgicamente la sugerencia.

—Éste es un asunto estrictamente privado —dijo.

—Corren el riesgo de que algún vecino lo haga por su cuenta —advirtió Yale.

Finn se encogió de hombros.

—También ellos consideran que este asunto es de nuestra incumbencia. Silas no se meterá con ellos y eso les basta.

—Ah, de modo que usted cree que Silas vive aún.

Finn lanzó un bufido y se negó a seguir la conversación. Más tarde, Yale relató a Fanny todo lo sucedido.

—Aquí ocurre algo raro —dijo la muchacha—. Yo no creo que Silas esté vivo. Alguien, desde luego, está haciéndose pasar por él, aprovechándose de la leyenda creada por su testamento.

—¿Con qué objeto? —preguntó Yale.

—Hay dos toneladas de oro en litigio. ¿Lo recuerda?

—Dos toneladas de oro, y más si han sido amonedadas, ocupan bastante espacio. ¿Dónde puso Silas esa enorme cantidad de monedas?

—Pues…

—Calculando a cuarenta gramos por moneda, son cincuenta mil. Tienen medio centímetro de grosor, lo que equivaldría a una columna de doscientos cincuenta metros de altura, suponiendo que se pusieran todas una encima de otra. Más sencillo: doscientas columnas de un metro de altura y cada columna conteniendo doscientas monedas.

—Mareante —calificó Fanny.

—En efecto, así es: mareante… y quizá demasiado fantástico.

—Pero las monedas están en alguna parte, nosotros hemos visto una al menos, usted dos, incluso…

—Lo cual no resuelve el problema principal: ¿Murió Silas? Y si es cierto que murió, ¿fue asesinado o murió de muerte natural, como certificó el médico de Shermontown?

Atardecía ya. De pronto, vieron aparecer por el extremo de la calle una fúnebre procesión.

Cuatro hombres, Finn, Harry, Ted y Ed llevaban a hombros un féretro. Detrás de ellos iban las mujeres. Ellie y Margaret sostenían a Lois, que sollozaba agudamente. Delia caminaba detrás.

La gente de la aldea se detenía al paso de la lúgubre comitiva. Yale se despidió de la muchacha.

—Voy al cementerio —dijo.

Fanny asintió. Yale abandonó la posada. Ellie le dirigió una triste sonrisa.

El joven se unió a la comitiva. Doscientos metros más adelante, vieron una silueta que se recortaba siniestramente en lo alto de la loma del cementerio.

Era el sepulturero, apoyado en su pala.

Yale se preguntó cuántas tumbas más tendría que cavar aquel hombre, para enterrar en ella a los miembros del clan McDougal, muertos por la venganza de un hombre que también estaba muerto.

El féretro fue depositado en el suelo, junto a la fosa recién abierta. Pronto se oyó el monótono murmullo de la voz del pastor, que bisbiseaba su oración fúnebre.

Al terminar su parlamento, se oyó una suave risita.

—¡Otra vez! —gritó Harry.

La risa fue aumentando de volumen, hasta convertirse en una abonadora carcajada de burla. Luego se oyó la voz de Silas:

—¡Regis ha sido el segundo! ¿Quién será el tercero?

CAPÍTULO VII

—Me voy a pescar —dijo Yale a la mañana siguiente.

—Tenga cuidado —advirtió Fanny.

—¿Por qué? —Sonrió él—. A mí no me puede pasar nada.

—Nunca se sabe… Por favor, tenga cuidado —insistió la muchacha.

Yale sonrió. Cargado con los trebejos de pesca, echó a andar. La distancia no era tan grande como para mover el automóvil.

La casa de Silas quedaba a la izquierda del camino que conducía al puentecillo. Aún con el sol radiante, era un edificio lóbrego, siniestro, y no sólo por lo que en él había ocurrido, sino por su aspecto. Pero Yale trató de dejar de lado aquellos pensamientos y continuó su camino.

Poco después, estaba sentado Junto a la orilla. Fanny le había prometido cocinar las truchas que consiguiera pescar.

Transcurrió una hora. De repente, Yale notó un cierto cambio en el ambiente.

El agradable olor de la humedad, la hierba y las flores silvestres fue ahogado por otro mucho más penetrante, que él conocía muy bien. Dominando su temor, procuró continuar en la misma posición, sin volver la cabeza una sola vez.

—¿Silas? —llamó.

—Aquí estoy —sonó una voz a pocos pasos de distancia.

—La pesca no marcha muy bien. Sólo ha picado una trucha.

—¿Me pide ayuda, Mel?

—Para otra cosa que pescar, señor McDougal.

—¿De qué se trata?

—¿Está usted vivo?

—No. Estoy muerto, pero he salido de mi tumba. Es un lugar estrecho, frío, húmedo…

Tenía los huesos calados y me ha parecido conveniente tomar un

poco el sol.

—Es lógico; una tumba no es un lugar demasiado acogedor. Señor McDougal, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

—No garantizo las respuestas, pero, adelante, Mel.

—Está bien. La primera es: ¿mató usted a Ben Hetherley?

—Sí.

—El médico dijo que se trataba de un colapso cardíaco.

—El miedo también mata —rió Silas—. Cuando se sufre un ataque de pavor, puede pararse el corazón.

—Comprendo. Pero a Regis no lo mató el miedo, precisamente.

—No, desde luego.

—Usted lo emparedó. Es una muerte medieval y nada agradable.

—¿Por qué había de buscar el oro? No le pertenece, Mel. Se merecía morir emparedado.

—Lo malo es que murió ahogado, Silas.

—¿Cómo?

—Usted le gastó una broma macabra al meterle una moneda entre los dientes. Debió de intentar gritar y la moneda cayó en su garganta y lo ahogó.

—¡Qué lástima! —Se burló Silas—. A fin de cuentas, él también era uno de los que tramaron mi muerte.

—Para apoderarse del oro. ¿De dónde lo sacó usted?

—Tuve negocios en otros tiempos. Sin prisas, fui cambiando mi dinero por oro.

—Que luego fundió y acuñó.

—Exactamente.

—¿Por qué, Silas?

—Tuve ese capricho, Mel. Bueno, ya hemos hablado bastante. Me vuelvo a mi tumba…

—¡No, aguarde! Quiero que me pesque algunas truchas, como el otro día.

Yale se puso en pie. Silas estaba a unos pasos de distancia y alargó la caña hacia él.

Silas, maquinalmente, se dispuso a cogerlo, pero, en el mismo instante, Yale se lanzó hacia adelante.

Una fuerza indescriptible lo derribó por tierra. Le pareció que había chocado contra un muro. Aturdido, miró al hombre que sonreía, enseñando unos dientes amarillos a través de unos labios

casi verdosos.

—No es bueno tocar a los muertos —dijo Silas.

Tranquilamente, giró sobre sus talones y echó a andar por la ribera. Yale estuvo todavía unos momentos en el suelo. Hizo luego un esfuerzo y se puso en pie.

Miró a derecha e izquierda. Silas había desaparecido.

* * *

—¿Puede realmente Silas entrar y salir de su tumba cuando le parece?

Fanny tenía los ojos fijos en el huésped.

—De modo que ha vuelto a verle —comprendió.

—Por lo menos, he visto al hombre que dice ser el cadáver de Silas. Estaba un poco cansado de su tumba y salió a tomar el sol.

Ella se estremeció.

—Mel, no bromee, por favor —dijo.

—Sólo repito lo que él ha dicho —alegó Yale.

—¿De veras ha dicho eso?

—Se lo juro. Es más, busqué distraerle con un pretexto y me lancé sobre él. No sé, en verdad, lo que yo pretendía en aquellos momentos, pero quería que hablase un poco más en serio… No conseguí nada; me rechazó como si yo hubiera sido un chiquillo, y me tiró al suelo de un simple manotazo.

—Increíble —murmuró Fanny—. Pero está muerto…

—Y, sin embargo, sale de su tumba. Fanny, voy a decirle una cosa.

—Si, Mel.

—Alguien trata de eliminar a los demás herederos. No estoy seguro de sus planes, pero creo que es cierto.

—¿Por qué lo dice?

—Han vuelto todos a Kerbury. Hay dos toneladas de oro en alguna parte. Alguno las quiere para sí, con exclusión de los demás.

Fanny se horrorizó al comprender el significado de aquellas palabras.

—Mel, son hermanos…

Yale rió amargamente.

—Los parentescos se esfuman ante el dinero. El oro es más poderoso que la sangre —contestó.

—Pero… a pesar de todo, si es un McDougal…, tendría que matar a ocho más para quedarse él sólo con el oro…

—Quizá no es un McDougal, Fanny. No todos los miembros del clan tienen el apellido McDougal originariamente.

—¿Está hablando de Ed Kinderhare?

—Creo que él fue quien vio a Silas fundiendo el oro, ¿no es cierto? —contestó Yale.

—Al menos, eso es lo que se dice. Pero de todas formas, me parece tan monstruoso…

—Por el contrario, yo lo encuentro perfectamente natural.

Yale se puso en pie. Hasta entonces, había estado hablando con Fanny en una mesa de la taberna.

—¿Adónde va? —preguntó la muchacha.

—Estoy invitado a tomar el té —sonrió Yale.

* * *

Ellie se inclinó ostensiblemente al servir el té en las tazas. El escote de su vestido no tenía nada de moderado.

—¿Azúcar? ¿Limón? —dijo, sonriendo incitantemente.

—Un terrón y dos gotas.

—Sí, claro.

Ellie terminó de servir el té y se sentó frente a su visitante. El vestido de luto que llevaba ora demasiado corto y demasiado ajustado. A Yale le daba la impresión de que Ellie no sentía en absoluto la muerte de Regis.

—Le estoy viendo las intenciones, Mel —dijo Ellie—. Usted está loco de deseo.

—¡Ellie, por favor! —Se sofocó Yale.

—No, hombre, si yo me refería al deseo de hacerme preguntas —rió Ellie aparatosamente—. ¡Qué maliciosos son los hombres! En seguida miran más lejos de lo que realmente significan las propias palabras.

—Bueno, Ellie, no me gusta que me tomen por lo que no soy, pero usted es joven y hermosa. Y deseable, claro.

—Hum, hum, hum… —dijo ella con acento burlón—. ¿Está tratando de conquistarme?

—No, trato sólo de decir lo que pienso. Pero, en efecto, siento vivos deseos de hacerle algunas preguntas.

—Me figuro el tema. ¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Quién es el heredero desconocido?

—No lo Sé; francamente, no lo sé. Nadie lo sabe; nunca tuvimos la menor idea de que hubiese otros parientes de tío Silas, aparte de nosotros.

—Se enteraron cuando el abogado leyó su testamento, ¿no es así?

—Exactamente.

—¿Puede recordar lo que decía el testamento a este respecto?

—Bueno, el heredero desconocido se presentará, cuando lo crea oportuno, con los documentos acreditativos de su personalidad… El testamento mencionaba a su abogado, el cual se pondría en contacto con el de tío Silas… Eso es todo, Mel.

—El heredero desconocido no ha dado aún señales de vida.

—No.

—¿Cree usted que Silas ha salido de la tumba para cometer dos muertes?

Ellie rió de un modo singular.

—Se trata de un tipo con mucho humor —contestó—. ¿No recuerda las grabaciones que hemos escuchado en el cementerio? Quiere ponernos nerviosos, eso es todo.

—Pero ustedes no se marchan de Kerbury.

—¿Y por qué íbamos a marchamos? Al menos yo, que siempre he vivido aquí. Claro que he hecho frecuentes viajes a Londres e incluso al extranjero, pero nunca pasaba fuera más de un mes o dos al año.

—Algunos de sus hermanos no vivían aquí y ahora han vuelto.

—Sus razones tendrán, Mel.

—Dos toneladas de razones… digo, de oro.

—Pero ¿existe de verdad ese oro?

—No lo sé, yo no lo he visto. Hasta ahora, sólo he visto dos monedas: una que lanzó alguien rodando por la calle y otra en la boca de su hermano.

Ellie se puso sería repentinamente.

—Pobre Regis. Me pregunto por qué no nos llamó para ayudarle.

—Es bien sencillo: quería el oro exclusivamente para sí.

—Tal vez. De todas formas, hay cosas más valiosas que el oro.

—La vida.

—Y las cosas agradables de la vida.

Ellie sonreía de un modo claramente incitante. Yale se puso en pie.

La viuda se levantó también. Yale empezó a pensar en una retirada estratégica. Pero Ellie se le acercó y le puso las manos sobre los hombros.

—¿Tiene mucha prisa? —preguntó con voz llena de promesas.

Yale cerró los ojos un instante. Realmente, Ellie era una mujer muy hermosa, estallante de sensual femineidad en sus veintiocho años.

CAPÍTULO VIII

—Mucho ha durado la velada —dijo Fanny, cuando vio a Yale aparecer por la posada al filo de las nueve de la noche.

—Ha resultado muy interesante —contestó él.

—Ya. Sobre todo, en compañía de esa lagarta de Ellie.

—¿Por qué la califica de ese modo?

—Mientras Rod vivió, ella corría detrás de todos los hombres de la aldea. Hay quien dice que Rod se suicidó, mediante la simulación de un accidente de automóvil.

—Nunca deben tomarse las cosas tan por la tremenda —contestó él filosóficamente—. ¿Está la cena?

—Creí que habría cenado en compañía de Ellie —dijo Fanny.

—En tal caso» aún estaría allí.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Fanny dio media vuelta.

—Acomódese; le serviré la cena dentro de cinco minutos —dijo despegadamente.

Yale sonrió para sí. La verdad era que la entrevista con Ellie, dejando de lado determinados aspectos, había resultado positiva.

Ellie era una mujer de carácter ardiente, pero todavía más ambiciosa. Quizá el difunto Rod no había sabido darle lo que ella quería. Una cosa resultaba cierta: era una mujer de mucho temperamento. Y carente de escrúpulos.

Después de cenar, subió a su dormitorio. Se puso el pijama, agarró una novela y empezó a leer, para conciliar el sueño.

Al cabo de un rato, apagó la luz. De repente, le pareció que estallaba un fogonazo dentro de su cerebro.

El sueño le abandonó en el acto. Encendió 3a luz, saltó de la cama y empezó a vestirse. Un cuarto de hora más tarde, estaba listo. Tomó la linterna y salió del dormitorio. Fanny le miró desde el centro del pasillo.

—He oído que hacía ruidos —dijo—. Me alarmé.

—Y se asomó a ver qué ocurría, ¿no es cierto?

Ella asintió.

—¿Va a salir? —preguntó.

—Sí.

—¿Ha averiguado algo?

—Quiero comprobar una cosa. Es una sospecha solo, pero creo que no dormiré a gusto hasta que haya disipado mis dudas en un sentido u otro.

—Le acompañaré —dijo Fanny.

Yale se dio cuenta de que la joven estaba completamente vestida.

—¿Ha presentido mi salida? —preguntó.

—Si —sonrió ella—. ¿Le molesta?

—En absoluto. Vamos.

Descendieron o la planta baja y salieron a la calle. Yale caminó con paso rápido en dirección al río.

Minutos más tarde, llegaban al lugar donde había pescado en ocasiones anteriores.

Yale procuró situarse en la misma posición que ocupaba cuando hablaba con el hombre que aseguraba ser Silas McDougal.

—Yo estaba aquí… —murmuró pensativamente—. Después de que me derribó, se marchó en aquella dirección…

De pronto, encendió la linterna y echó a andar siguiendo el mismo camino que Silas.

Cincuenta pasos más adelante, llegó a un talud enteramente cubierto de matorrales.

El talud medía unos cuatro o cinco metros de altura por veinte de longitud. Yale apartó con la mano izquierda algunas ramas y exploró con la luz lo que había al otro lado.

Fanny contemplaba expectantemente las operaciones que realizaba el joven. Con gran paciencia, Yale fue recorriendo el talud hasta que, de pronto, vio una negra abertura ante él.

—En dos ocasiones me pareció que Silas se disolvía en el aire —sonrió—. La boca de esta cueva demuestra que se trataba de un ser de carne y hueso.

—¿Silas… vivo? —dijo Fanny estupefacto.

—O alguien que se hace pasar por él. ¿Se atreve a entrar aquí?

—Es curioso —murmuró la chica—. Nunca había oído hablar de esta cueva.

—A mí me parece más un túnel —dijo Yale, a la vez que se agachaba para franquear el umbral de la oquedad.

Las paredes eran de tierra, pero habla en ellas restos de maderos podridos y carcomidos.

—En tiempos, esto fue una mina —calculó—. Quizá está demasiado cerca del río y por ello abandonaron su explotación.

A los pocos pasos, el techo se elevó y pudieron caminar con más desahogo. Yale se dio cuenta de que el trazado del túnel era en ligera pendiente hacia arriba. De vez en cuando, alumbraba el suelo con la linterna; había unas pisadas claramente marcadas en el suelo arenoso.

El aire olía a humedad y moho. De pronto, se tropezaron con una escalera de peldaños de piedra.

La escalera acababa en una puerta de recios tablones de madera oscura, reforzados con fuertes herrajes. Yale se dio cuenta de que era un obstáculo que no podían franquear.

—¿Adónde da esa puerta? —preguntó Fanny.

Yale volvió la vista hacia atrás. El túnel tenía un trazado casi completamente recto, salvo en un trozo donde hacía una suave curva, que le confería el aspecto de un ángulo obtuso de gran abertura. La falta de puntos de referencia le había desorientado.

—Lo sabremos cuando estemos fuera —dijo—. Pero, de momento, hemos descubierto algo muy interesante, me parece.

—¿Sí?

—Sí —corroboró Yale—. Hemos descubierto que Silas o está vivo o hay alguien que se hace pasar por su persona.

—¿Con qué objeto?

—Simplemente, para espantar a los demás parientes y quedarse con el oro para él solo.

Al emprender el regreso, Yale empezó a contar los pasos. Había casi seiscientos hasta la entrada del túnel, lo que le dijo que habían recorrido unos quinientos cincuenta metros bajo tierra.

Salieron fuera y dieron la vuelta para subir a lo alto del talud. El terreno ascendía suavemente, hasta formar una loma, cuyo punto más culminante estaba a unos cien metros de distancia. La altura máxima de la loma sobre el nivel del río no sobrepasaba en total los

veinticinco metros.

Yale se encaminó hacia la cumbre, procurando seguir la misma dirección que el túnel.

Al llegar arriba, oteó el panorama, con Fanny a su lado.

—Bueno —dijo—, ya lo sabemos. El túnel va a parar a la casa de Silas.

—¡Y hay luz! —exclamó la muchacha, a la voz que tendía el brazo hacia adelante.

Yale respingó. Si, Fanny tenía razón.

Había dos ventanas iluminadas en el primer piso del caserón.

—Parece que corresponden a un dormitorio —observó Fanny—. ¿Habrá llegado el heredero desconocido?

—Vamos a comprobarlo —dijo Yale, resuelto.

* * *

Cuando llegaban a la casa, se apagaron las luces. Fanny sintió miedo.

—Deberíamos irnos…

—No. sigamos —insistió Yale.

Alcanzaron la puerta. Yale tiró de la cadena que había junto a la entrada.

Los ecos de la campanilla sonaron tétricamente en el silencio de la noche, pero nadie acudió a la llamada.

Yale insistió varias veces.

—Tendremos que entrar por una ventana —dijo, cuando se convenció de que ninguna persona les iba a abrir una puerta.

—Cometeremos un delito…

—No me importa. Ya se han cometido dos asesinatos. Tres, si admitimos que Silas ha muerto asesinado.

Como la primera vez, Yale entró por una ventana. Luego ayudó a la muchacha a pasar al interior de la casa.

Avanzaron hacia el vestíbulo. Por medio de la linterna, Yale pudo encontrar la escalera que conducía al piso superior. Subieron arriba y buscaron la habitación en donde habían visto luz.

Estaba vacía Sin embargo, había claras señales de que alguien había estado registrando los cajones de una gran cómoda que se hallaba en uno de los lados de la habitación.

Había abundantes señales de pies en el suelo polvoriento. De

repente, se oyó un sonido que les rizó los cabellos.

Fue un grito corto, pero muy penetrante y lleno de angustia. Fanny, instintivamente, se pegó al cuerpo de Yale.

—¡Mel! ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, pero vamos a tratar de averiguarlo —contestó él, a la vez que echaba a correr hacia la puerta.

Fanny vaciló, llena de temor. De pronto, se dio cuenta de que iba a quedarse sola y corrió para alcanzar a Yale.

El joven llegaba ya al vestíbulo. Fanny vio la linterna que se movía en dirección a las habitaciones de la parte posterior. Tras unos segundos de vacilación, continuó su carrera.

De pronto, tropezó con algo y rodó por los últimos escalones. Su cabeza recibió un fuerte golpe y perdió el sentido.

Mientras tanto, Yale había llegado a la cocina. El resplandor de su linterna iluminó la figura de un hombre situado en pie, junto a un viejo frigorífico de enormes dimensiones.

Era Harry McDougal. Sus ojos miraban fijamente al joven.

—Hola, Harry —dijo Yale.

McDougal guardó silencio. Extrañado, Yale se le acercó.

—¿Le pasa algo? —preguntó, a la vez que alargaba la mano para tocarle en un brazo.

Súbitamente, Harry se vino hacia adelante. Yale oyó ruido de ropa desgarrada. La chaqueta de Harry se agitó de un modo extraño y el joven comprendió que el tejido había sido rasgado por el clavo que había servido para mantener en pie al muerto, con la apariencia de vida.

Harry quedó en el suelo completamente inmóvil. Yale se arrodilló junto a él y le dio la vuelta. En el centro del pecho pudo ver un minúsculo agujerito. Apenas había sangre, pero tuvo la seguridad de que el punzón utilizado había parado el corazón de Harry.

Durante unos segundos, sintió que todo daba vueltas a su alrededor. De pronto, se acordó de la muchacha.

—No entre, Fanny.

Pero Fanny no dijo nada. Extrañado, Yale se puso en pie.

—¡Fanny! —llamó.

En la casa sólo había silencio. Yale sintió que los pelos se le ponían de punta.

—¡Fanny! —chilló, a la vez que echaba a correr fuera de la cocina.

Al salir, percibió un olor penetrante cerca de él. Ya lo había notado en más de una ocasión; era una sensación harto conocida. Lo que sí resultó una sensación nueva para él fue el golpe que recibió en la cabeza y que, después de hacerle ver miles de estrellas, le sumió en una noche completamente negra.

CAPÍTULO IX

Despertó sintiéndose mareado y con un horrible dolor de cabeza, cuyo origen, por el momento, le resultaba desconocido. Casi a gatas, caminó hasta el baño, y se metió debajo de la ducha, sin quitarse siquiera el pijama.

Cuando el agua le hizo reaccionar un poco, se desnudó por completo. Estuvo diez largos minutos bajo la ducha, hasta que se sintió mejor.

Ahora ya se acordaba de todo lo ocurrido en casa de Silas. Sentíase lleno de angustia por la suerte de Fanny, pero no podía hacer nada hasta que hubiera recobrado la plena normalidad de su mente y su cuerpo.

Con la ayuda de un vaso, tomó un par de aspirinas. Luego descendió a la planta baja.

Pediría un litro de café. Luego volvería a casa de…

—¡Mel! ¿Es usted? —Sonó la voz de Fanny desde la cocina.

Yale creyó que soñaba. Fanny, algo pálida, pero sonriente y con buen aspecto, asomó a la puerta.

—Ahora le traigo el desayuno. ¿Cómo se encuentra…?

—Maravillado. Pero usted…

—Ahora le contaré. Desayunaremos juntos. Hace media hora escasa que me he levantado.

Yale se sentó torpemente frente a la mesa que ocupaba de manera habitual. Fanny vino a poco con el servicio y se sentó frente a él.

—Cuando usted corrió hacia la cocina, yo rodé por las escaleras —explicó la chica—. Perdí el sentido y me desperté en mi cama.

—¿Con o sin camisón?

Fanny se ruborizó.

—¡Qué cosas tiene! —dijo—. No sé cómo se le ha ocurrido, si fue usted el que me trajo hasta casa.

—¿Yo? —Se asombró él—. Pero si usted había desaparecido… Grité, llamándola varias veces, y al ver que no me contestaba, salí a buscarla. Entonces fue cuando Silas me atacó y me hizo perder el sentido.

—¡Imposible, Mel!

—Le juro que es la verdad. Todavía hay más: vi muerto a Harry McDougal.

La boca de la muchacha se abrió en un gesto inequívoco de estupefacción.

—¿Seguro. Mel? —preguntó.

—Segurísimo. No es un sueño, créame. Vi a Harry en la cocina. Le atravesaron el corazón con un punzón muy fino o algo por el estilo.

—¡Dios mío! Pero esto es horrible… Silas nos trajo a los dos hasta casa…

—A esas horas, todos dormían en Kerbury. Nadie le vio, téngalo por seguro.

—Me siento desconcertada. Y aterrada, añadirla —dijo Fanny.

Yale tomó una taza de café.

—Ahora mismo iré a ver a Ellie —manifestó.

—¿Lo cree necesario?

—Es la persona que mejor conozco de todo el clan McDougal.

* * *

—¿Harry muerto? —repitió Ellie.

—Si no me crees, ven conmigo a la casa —dijo Yale. Ellie titubeó.

—Está bien. Permíteme que me cambie de ropa antes —cedió.

Yale aguardó unos minutos. Ellie salió poco después, vestida de la forma tan detonante y provocativa que era habitual en ella. La tela del vestido, ya no era negra, sino de vivos colores, rojo, amarillo, azul y blanco.

La casa de Ellie estaba situada al final de la aldea, en dirección a Shermontown. Yale observó que la mujer caminaba con paso largo y fácil.

Momentos después, llegaban al descuidado jardín de Silas. Ellie dio la vuelta a la casa.

—Entraremos por la cocina —dijo.

La puerta estaba cerrada con un simple picaporte. Yale observó bien pronto que el suelo de la cocina aparecía completamente limpio.

—No está —dijo.

—¿El cadáver de Harry? —Sonrió Ellie.

—Lo vi muerto. Eran las doce y media de la noche, aproximadamente —dijo él con voz firme.

—Seguro que lo soñaste —se burló la joven. Yale apretó los labios.

—Soy muy poco dado a fantasías —aseguró.

—Entonces, ¿cómo has llegado a guionista de cine?

—No seas mordaz. Yo me refiero a cosas reales…

De pronto, Yale reparó en el enorme frigorífico que había en une de los ángulos de la cocina. Aguzando el oído pudo apreciar el leve zumbido del motor.

—¿Cómo es que funciona el frigorífico? —preguntó, extrañado.

—¿Por qué no iba a funcionar? La luz está conectada, lo mismo que el teléfono y el agua… El heredero de Silas llegará un día u otro. Él pagará todas las facturas, por supuesto.

—Sí, claro.

De repente, Yale, acometido por un súbito presentimiento, se acercó al frigorífico y tiró de la manija que abría la puerta.

Ellie lanzó un agudo chillido. Un cuerpo humano cayó al suelo y chasqueó siniestramente. La mano izquierda se separó del brazo, rota como si hubiera sido de cristal.

Yale dio un salto hacia atrás. El susto, a pesar de que había esperado hallar el cadáver en el frigorífico, era mayúsculo.

—¡Es Ted! —gritó Ellie, apoyándose en una mesa para no caer redonda al suelo.

Los ojos estupefactos de Yale contemplaron el cadáver congelado hasta el punto de cristalización. Ello explicaba que la mano se hubiera separado del brazo como si el miembro hubiera sido de frágil vidrio.

* * *

—¿Y Harry? —dijo, después de un largo rato de silencio.

—Pero ¿estás seguro de haberlo visto muerto?

—Tan bien como te estoy viendo a ti. —De pronto, Yale saltó

hacia el clavo que había junto al frigorífico—. Mira, aún hay algunas hilachas de tela del traje que llevaba puesto.

—No entiendo. Si Harry ha muerto, ¿por qué ha desaparecido su cadáver?

—Eso es lo que me gustaría saber, Ellie.

Yale se arrodilló Junto al cuerpo de Ted, cuyas facciones aparecían horriblemente crispadas. Estaba encogido en parte, casi en posición fetal, pero no se advertía en él la menor señal de herida.

Tan sólo había algunos rasguños en sus manos. Yale vio también algo de sangre coagulada en las uñas.

—¿Cómo ha muerto, Mel? —preguntó Ellie, vuelta de espaldas al macabro espectáculo.

—Alguien lo encerró en la nevera. Es demasiado grande y el cuerpo de una persona cabe con relativa facilidad. Fíjate en que, además, han quitado todos los estantes metálicos. El mando de refrigeración aparece en el punto máximo.

—¿Lo metieron ahí vivo?

—Quizá solamente desvanecido —contestó Yale, pensando en el cloroformo que ya le había sido aplicado en alguna ocasión—. Pero no hay duda, si no murió de asfixia, murió helado. Y hace bastantes horas o el brazo no se habría partido con tanta facilidad.

—¡Mel, no digas esas cosas! —chilló la joven.

—De nada sirve eludir la verdad. Lo único que me preocupa es el cadáver de Harry.

—¿Buscamos por la casa? —propuso ella.

Yale fijó la vista en Ellie.

—¿Te encuentras bien?

Ella emitió una amarga sonrisa.

—Estoy empezando a acostumbrarme —contestó—. Esto es como una guerra, con las bajas correspondientes. Los soldados se acostumbran a la muerte de sus camaradas… y también se preguntan cuándo les llegará a ellos su tumo.

Eran unas palabras llenas de sensatez, reconoció Yale en su interlocutor. El cuerpo de Ted debía continuar en el mismo sitio, decidió, mientras agarraba a Ellie por un brazo y la sacaba de allí.

El cadáver de Harry no apareció.

—Ellie —dijo Yale, una vez fuera de la casa—, tenemos que avisar a la policía. No hay otro remedio.

Los ojos de la joven despidieron un profundo destello.

—No lo hagas —prohibió—. Éste es un asunto privado entre los McDougal y un miserable asesino. Lo resolveremos a nuestra manera, ¿entiendes?

—Todo lo que quieras, pero yo no soy un McDougal y no quiero verme complicado en una serie de crímenes, en los que no he tenido arte ni parte. En cuanto llegue a la aldea, iré a telefonear a Shermontown. Allí hay un puesto de policía, ¿no es así?

Ellie asintió.

Yale se sintió satisfecho de ver que no presentaba más objeciones a la idea de llamar a la policía.

* * *

—Fanny, ¿puedo usar su teléfono?

—Claro —accedió la muchacha—. Ahí lo tiene… ¿Ha descubierto algo?

—¿Descubrir? —Yale rió sarcásticamente—. Ted ha muerto también, pero el cuerpo de Harry ha desaparecido. Créame, estoy seguro de que si ahora volviésemos a casa de Silas, el cuerpo de Ted habría desaparecido también.

Fanny se puso una mano en la boca para contener un grito de espanto.

—¿Co…, cómo ha muerto? —preguntó.

—Helado. Lo metieron, seguramente vivo todavía, en el frigorífico a toda la potencia.

La chica se dejó caer de repente en una silla. Mientras. Yale se acercaba al teléfono situado junto al mostrador.

Levantó el aparato, que no era automático.

—¿Central? Por favor, deseo hacer una llamada urgente al puesto de policía de Shermontown.

—Lo siento, señor —contestó la telefonista—. La línea está averiada y los especialistas están buscando el punto donde se ha producido la interrupción.

—Vaya —rezongó Yale de mal talante—. ¿No sabe cuánto tardarán en restablecer la línea?

—Lo siento, señor; no me han informado al respecto.

—Está bien, gracias. Haga el favor de llamar a la posada en cuanto haya línea.

—Sí, señor, lo tendré en cuenta.

Yale volvió el teléfono a su horquilla.

—No podemos hablar con Shermontown —dijo.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Fanny.

—Esperar, ¿qué otra cosa se puede hacer? Aunque, si la avería dura mucho, me temo que no tendré otro remedio que viajar en persona hasta Shermontown.

Fanny hizo un gesto de asentimiento. Malhumorado, pero sobre todo preocupado, Yale encendió un cigarrillo.

Nervioso, inhaló las primeras bocanadas de humo. De pronto, lanzó una exclamación.

—¡Fanny, creo que ya sé dónde está el cuerpo de Harry!

Ella le miró interesadamente.

—¿Se atrevería a hacer una excursión por el túnel? —preguntó Yale.

—¿Hoy?

—Esta noche después de que haya hablado con la policía.

Fanny dudó un momento. Al fin, la curiosidad fue más poderosa que sus aprensiones.

—Iré —prometió.

Al atardecer, la telefonista informó que la línea no había sido restablecida todavía.

—No hay más solución —dijo Yale—. Iré en persona a Shermontown.

El coche, en vista de que no lo utilizaba, estaba en el patío posterior, por consejo de la propia Fanny. Yale se sentó tras el volante y dio media vuelta a la llave de contacto.

El motor permaneció silencioso. Yale frunció el ceño. De nuevo hizo girar la llave. El resultado fue el mismo.

Súbitamente, se dio cuenta de que el tablero de instrumentos permanecía apagado. Las agujas de las esferas aparecían inmóviles.

Presa de una horrible sospecha, abandonó el coche y levantó la tapa del motor. Luego, lentamente, volvió a la posada.

—Fanny, póngame un *whisky* doble —pidió.

—Pero ¿no se iba a Shermontown? —exclamó ella, asombrada al verle regresar tan pronto.

—¿Tiene usted coche?

—No, claro que no…

—En el mío faltan todos los cables y las cuatro bujías. Alguien, además, ha cortado la correa del ventilador y, para redondear la obra, ha vaciado el motor de todo su aceite.

Fanny inspiró con fuerza.

—Parece que no quieren que se mueva de aquí —observó.

—Sí, pero los que eso quieren no me conocen todavía —contestó él obstinadamente—. ¿Continúa atreviéndose a venir al túnel, a buscar el cadáver de Harry?

—Sí, Mel.

—Saldremos a las once de la noche. Todo el mundo estará dormido en Kerbury.

—¿Cree que dormitarán muchos, después de lo ocurrido?

—Por lo menos, hay uno que estará desvelado.

—¿Quién es?

—El asesino.

CAPÍTULO X

Caminaban con grandes precauciones. El olor era poco agradable, aunque no mefítico.

Fanny dijo que ya se había enterado de la existencia, muchísimos años antes, de una mina de carbón, que había dado un escaso rendimiento, por lo que fue abandonada al poco tiempo. La veta era menor de lo que calcularon los prospectores.

Llegaron a la puerta de roble. No había el menor rastro de un hombre muerto.

Esta vez, sin embargo, Yale había ido prevenido con un destornillador de gran tamaño.

Los herrajes estaban remachados, pero calculó que podría soltar la cerradura.

Empezó a trabajar. De pronto, sonó una voz:

—No toque esa puerta.

Fanny lanzó un gemido y se pegó al joven.

—¿Silas? —dijo Yale.

—Sí, el mismo.

—¿Dónde está usted? ¿Por qué no se deja ver?

—Yo les veo a ustedes y es bastante. Váyanse.

—Silas, permítame. Quiero decirle algo.

—Está bien, hable, pero sea breve.

—Usted no está muerto. Sonó una risita.

—¿Por qué no levanta la lápida de mi tumba?

—Me está pidiendo un imposible. También puede pedirme que levante en vilo la torre del Big Ben.

—Bien, si no he muerto, ¿cuál es mi estado?

—Silas, es usted un humorista redomado. Cuando un hombre no está muerto, es que está vivo, vamos, digo yo.

—Ah, ¿es que no cree que los muertos pueden salir de su tumba?

—Lo que he dicho, es usted un humorista. Tal vez su muerte fue sólo aparento, incluso una catalepsia provocada.

—Hubiera necesitado un cómplice, ¿no cree?

—Su médico, por ejemplo.

—Mi médico es una persona honorable en todos los sentidos y no se hubiera prestado a una comedia semejante.

—Bien, de acuerdo, usted ha muerto. ¿Por qué quiere vengarse de sus herederos?

—Está claro, ellos me asesinaron.

—Se certificó que la muerte era debida a causas naturales. ¿Qué procedimiento emplearon para asesinarle?

—Sofocación. Me ahogaron con una almohada. Así pareció que había fallecido a causa de un colapso cardíaco.

—Ya. Y ahora quiero vengarse de todos olios.

—En efecto.

—Han muerto Hetherley, Regis, Harry y Ted.

—Y faltan más herederos.

—¿Dónde ha escondido el cuerpo de Harry?

—Ya está en su sepultura, lo mismo que el de Ted.

—Silas, usted se ha portado muy consideradamente conmigo. Ha podido matarme y no lo ha hecho. ¿Por qué?

—No tengo nada contra usted ni contra esa linda chica que le acompaña. Pero podría rectificar si insistieran en saltar la cerradura de la puerta.

Yale adivinó que Silas le hablaba a través de algún micrófono hábilmente oculto. Era posible, incluso, que les estuviese observando a través de alguna especie de mirilla, no precisamente en circuito cerrado de televisión, sino más bien un conjunto de espejos, del mismo sistema empleado en el periscopio de los submarinos.

—Tendremos que volvernos, Fanny —dijo en voz alta—. Adiós, Silas.

—Buenas noches.

Yale volvió la espalda a la puerta. Fanny le siguió. Cincuenta pasos más adelante, apagó la linterna.

—Silencio, Fanny —siseó, a la vez que agarraba uno de sus brazos para tranquilizarle—. Silas cree que nos hemos ido. Volvamos y le pillaremos descuidado.

—¿Al fantasma? —Se estremeció ella.

—No crea en historias absurdas, se lo recomiendo.

Yale y la muchacha volvieron de puntillas a la puerta, guiándose con las manos, con las que tocaban las paredes del túnel, hasta que alcanzaron su objetivo. Pero apenas habían llegado a la puerta, percibieron un olor muy penetrante, extremadamente dulzón.

Segundos más tarde, yacían inconscientes en el suelo.

* * *

—Voy a tener que buscar un remedio contra el narcótico que emplea Silas —dijo Yale a la mañana siguiente.

Fanny destapó el frasco del analgésico.

—Tengo un dolor de cabeza espantoso —se quejó—. Y no será por no haber dormido precisamente…, pero, en todo caso, ser llevada a la cama por un fantasma no deja de resultar macabro.

—O halagador, según se mire —sonrió Yale, puesto que, al igual que en otra ocasión anterior, habían amanecido en sus respectivos lechos.

Después de tomar un par de tazas de buen café, se levantó y fue al teléfono.

—¿Central? ¿Han restablecido ya la línea con Shermontown?

—Sí, señor. ¿Qué número desea?

—La policía, por favor.

—Al momento, señor.

Yale aguardó mientras escuchaba los sonidos propios que indicaban la conexión. Al cabo de unos momentos, percibió una voz:

—Sargento
O'Connor
. ¿Qué desea?

—Sargento, soy Melvin Yale y me alojo en
Sun's
Inn, en Kerbury. Deseo darle cuenta, de varios asesinatos que se han cometido en esta aldea.

—No me diga…

—¡Sargento, hablo en serio! ¿O prefiere que me comunique con sus superiores?

—El jefe del puesto de policía soy yo, señor Yale, pero atenderé

su denuncia. Por favor, deme los datos de las víctimas.

Yale habló durante algunos instantes. Al cabo de un rato, O'Connor
dijo:

—Está bien, enviaré a los agentes Sullivan y Bullock para que investiguen. Muchas gracias por su llamada, señor Yale.

—No hay de qué, sargento.

Yale colgó el teléfono. Luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Sabe? Creo que voy a hablar con Ed Kinderhare —dijo.

—¿Por qué?

—Ed fue el primero, y el único, creo, que vio a Silas acuñando sus monedas.

* * *

Los labios de Kinderhare estaban curvados hacia abajo, en una mueca de mal humor.

—Sí, yo vi al viejo fundiendo el oro y acuñando las monedas —admitió—. ¿Y qué? ¿Le importa a usted algo?

—Por supuesto que no, de un modo estricto; pero no podemos olvidar que varias personas han muerto violentamente.

—Usted no es policía —dijo Kinderhare.

—Lo sé. Pero si no tiene nada que temer, tampoco tiene por qué callar, aunque sea delante de alguien que no es policía.

—Bueno, no sé mucho más que lo que pueda saber usted —dijo Kinderhare—. Varios de los herederos han muerto, tal como lo pronosticó aquel viejo avaro…

—En medio de todo, Silas no se portó tan mal como ustedes aseguran. Bien mirado, les dejó cinco mil libras a cada uno.

—Bah, una fruslería comparado con lo que él poseía…

—¿Quién le puso la almohada en la cara? Kinderhare respingó.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—Silas murió ahogado con una almohada, lo que indujo al médico a certificar la muerte por colapso cardíaco.

—¿Y quién diablos le ha dicho semejante estupidez? Yale se mordió los labios.

¿Podía decir a su interlocutor que había obtenido aquel dato del propio Silas? Decidió hacer la última pregunta:

—Señor Kinderhare, ¿cree de veras que Silas sale de su tumba

para vengarse de sus asesinos?

—Sí.

Era una respuesta rotunda, que excluía cualquier objeción. Pero Yale no podía conocer la autenticidad o la mentira de la afirmación.

El rostro de Kinderhare era duro, impenetrable, un tipo, pensó, seguramente habituado a interrogatorios peores.

—Está bien, muchas gracias.

Una mujer se asomó de pronto a la sala donde conversaban los dos hombres. Era bastante guapa y joven todavía, aunque Ellie la superaba largamente en todos los aspectos.

—Perdón, Ed, no sabía que tuvieras visita…

—Mi esposa Pamela —presentó Kinderhare—. El señor Yale.

—¿Cómo está, señora? —saludó el visitante.

—Encantada… —De pronto se oyó un zumbido en otra habitación—. Dispénsenme —exclamó Pamela—, debo atender a la centralita.

—Mi esposa os la telefonista de Kerbury —explicó Kinderhare, después de que la mujer se hubo alejado.

—Ayer hubo una avería, creo —dijo Yale en tono intrascendente.

—Sí, eso parece. Yo no me meto en los asuntos de trabajo de mi esposa. Bueno, si no le importa, también tengo algo que hacer.

Yale se puso en pie. De pronto, se oyó un estampido.

—Parece un tiro —dijo Yale.

—De escopeta —añadió Kinderhare.

Yale abrió la puerta de la calle. Cincuenta pasos más arriba, se oyó un agudísimo chillido de mujer:

—¡Socorro! ¡Vengan todos, por favor! ¡Mi esposo se ha suicidado!

—¡Rayos! —Exclamó Kinderhare—. Es Margaret, la esposa de Finn.

* * *

Dos hombres se alejaron llevando en unas parihuelas el cuerpo inmóvil del supuesto suicida. En la casa, las mujeres de la familia trataban de consolar a la afligida viuda.

Alguien comentó:

—Finn era un idiota. Seguro que no se le ocurrió examinar el

arma antes de ponerse a limpiarla.

Yale se alejó con cara pensativa del lugar donde, momentáneamente, se había congregado cierto número de vecinos. Pamela se abrió paso entre los curiosos.

—Por favor —rogó a los presentes—, déjenme pasar. Tengo que atender la centralita…

Yale encendió un cigarrillo. Fanny, muy pálida, estaba en la puerta de la posada.

—Otro heredero muerto —comentó la muchacha.

—Y van… —dijo él con amargo humorismo—. Fanny, ¿recuerda lo que nos dijo Silas?

—¿A qué se refiere?

—A los cuerpos de Harry y Ted. Dijo que ya estaban en la sepultura. Ella le miró aprensivamente.

—No irá a proponerme que le acompañe al cementerio —dijo.

—Si no viene usted, iré yo solo.

Fanny suspiró. Habla resolución en los ojos del joven.

—Debo de estar loca —dijo—. O tal vez es que me siento mortalmente aburrida en Kerbury.

—¿Por qué? Es un lugar muy pintoresco, con paisajes sumamente atractivos…

—Sí, sí —exclamó ella con sorna—. Quédese aquí y ya me dirá lo que siente, lo que pasa, cuando se acabe este corto verano y empieza la temporada de lluvias, seguida por las nieves… Aquí sí se hace realidad el famoso dicho sobre el tiempo en Inglaterra: «El año pasado, el verano cayó en jueves».

Yale se echó a reír.

—¿De veras se siente hastiada de Kerbury? —dijo.

—Si fuera yo sola. —Fanny volvió a suspirar—. No digo que aquí no se puedan pasar bien tres, incluso cuatro meses; pero el resto del año resulta horrible, realmente deprimente, créame.

—Venda la posada y váyase a Londres.

—Sí, pero ¿quién la compraría? ¿Y qué haría yo en la capital? Se lo aseguro, vivir en Kerbury acaba con los nervios de una.

Ya llegaban a las inmediaciones del cementerio. Pronto encontró Yale dos sepulturas con señales de haber sido excavadas y ocupadas recientemente.

—Silas tenía razón —se estremeció la muchacha.

El sepulturero, con un pico y una pala al hombro, remontaba la cuesta en aquel momento. Vio a los dos jóvenes y sonrió.

—Están viendo las dos nuevas sepulturas, ¿eh? —dijo.

—¿Las hizo usted? —preguntó Yale.

Abner McGrattan meneó la cabeza.

—No. Las encontré esta mañana —respondió—. Alguien colabora voluntariamente conmigo, lo cual, si quieren que sea sincero, no me resulta desagradable.

¡En mi vida había tenido tanto trabajo, se lo aseguro!

—Hay alguien empeñado en llenar el cementerio rápidamente, señor McGrattan —dijo la muchacha.

—El que sea, vendrá también aquí, Fanny —contestó el sepulturero con filosófico acento.

CAPÍTULO XI

Yale consultó su reloj.

—Fanny, ¿cómo es posible que unos agentes de policía tarden tanto en llegar desde Shermontown? —exclamó, impaciente.

—Emplearán bicicletas, tal vez —supuso ella—. Shermontown no es tan grande como para permitirse el lujo de un coche de patrulla.

—Aun así, aunque los policías vinieran en bicicleta y a seis millas por hora solamente, han pasado ya más de tíos horas. Tendrían que estar aquí, créame.

—Mel, le voy a dar un consejo. Usted ya ha cumplido con su deber. Ha informado a la policía. Si el sargento O'Connor es descuidado o negligente, usted no responderá por su descuido o negligencia.

—Sí, es una manera de consolarse —comino él. Estaba mirando a través de la ventana, desde la que se veía un amplio trecho de la calle principal, aunque la verdad, veinte casas a cada lado, distribuidas con bastante irregularidad, no daban derecho a llamar calle al camino flanqueado por los edificios.

Encendió un nuevo cigarrillo. De pronto se volvió hacia la chica.

—Fanny, voy a llamar de nuevo a Shermontown.

—Como quiera —respondió ella.

Yale se dirigió hacia el teléfono y pidió a la central comunicación con el puesto de policía de Shermontown.

—Lo siento, señor —contestó Pamela Kinderhare—; nuevamente se ha producido una rotura de la línea y estamos incomunicados.

—Pero ¡señora Kinderhare! ¿Cómo puede ocurrir una cosa semejante? —Estalló el joven lleno de furia—. ¿Es que los técnicos no repararon ayer la avería?

—Verá, señor Yale; en Kerbury hay apenas media docena de

teléfonos y se usan escasamente. Por tanto, la compañía no tiene interés en renovar unas instalaciones ya muy viejas y que se averían con suma facilidad.

—Sí, claro, comprendo…, muchas gracias, señora Kinderhare.

—A usted, señor Yale.

El teléfono volvió a la horquilla de golpe. Yale fue a sentarse junto a una mesa. En silencio, Fanny le sirvió una ración de *whisky*.

Yale miró con simpatía a la muchacha.

—Silas McDougal la está arruinando —dijo—. No tiene usted más clientes que yo.

Ella se encogió de hombros.

—Todo volverá a la normalidad, un día u otro. Además, si yo tuviera que vivir de la posada… Poseo unas tierras, que heredé de mis padres y están en arrendamiento. Y un rebaño de trescientas ovejas a medias con Pace Stanley. Así que puedo considerarme una persona rica —añadió con una sonrisa—. Naturalmente, para los módulos de riqueza de Kerbury.

—Llevará una buena dote al matrimonio —observó Yale.

—Eso es algo en lo que todavía no he pensado —contestó Fanny.

—Hasta que aparezca el hombre ante cuya mirada usted se sentirá rendida desde el primer momento, ¿no os así?

—¿Dónde está ese hombre?

Yale se puso otro cigarrillo en la boca. Aquél era un tema que más valía abandonar por el momento.

—Fanny, ¿cree usted en el suicidio de Finn? —preguntó.

—¿Por qué no? Debía de estar tan asustado, que ha preferido cortar la incertidumbre con un escopetazo.

—Es curioso, ya sólo queda vivo uno de los hombres. Luego, es de suponer, le tocará el turno o las mujeres. ¿Cuál será la primera?

—No sea macabro —le reprochó ella.

—¿Y por qué los habitantes de Kerbury mantienen una actitud de tanta pasividad?

—No se puede decir que fueran enemigos de Silas, aunque tampoco sentían hacia él una especial simpatía. Esos sentimientos se han extendido u sus herederos.

—Allá se las entiendan ellos, ¿no es así?

—Exactamente. No será una actitud razonable, pero sí comprensible, dadas las circunstancias pasadas y más las presentes.

—¿Qué quiere decir, Fanny?

—Cuando Silas se estableció en Kerbury, tenía ya fama de rico. La gente se hizo muchas ilusiones; creían que la aldea prosperaría, todos podrían ganar dinero, mejorar, en suma, pero no ocurrió nada de eso. Silas se encerró o poco menos en su casa y todo siguió igual.

En cuanto a las circunstancias actuales, usted las conoce tan bien como yo.

Yale asintió. Sí, la actitud de indiferencia de las gentes de Kerbury resulta perfectamente inteligible. Puesto que no habían sacado ni iban a conseguir ningún beneficio de la Inmensa fortuna de Silas, ¿qué se les daba a ellos de lo que pudiera pasar ni de los asesinatos cometidos, ni de los que aún pudieran cometerse?

* * *

Llegó la noche y los policías de Shermontown no habían hecho acto de presencia.

—Voy a ver a Ellie —decidió Yale de pronto—. ¿Espera conseguir algo? —preguntó la muchacha—. Tal vez. Pienso que es interesante contrastar opiniones, ¿no cree?

Fanny hizo un gesto de indiferencia. Yale abandonó la posada. Momentos después, llamaba a la puerta de la casa de Ellie.

Una mujer salió a los pocos instantes, pálida y llorosa.

—¡Mantente firme, diablos! —Sonó la voz de Ellie, áspera, autoritaria.

Yale saludó cortésmente a Della Hetherley. La mujer, por otra parte, le ignoró al pasar por su lado.

—Entra. Mel —invitó Ellie con amplia sonrisa.

—Gracias —dijo él—. ¿Cómo te encuentras?

—Ya ves. —Ellie empezó a llenar dos copas—. Delia está deshecha. Casi he tenido que reñirla. Es una mujer de poco carácter. Y no comprende que por mucho que llore, Ben ya no volverá o La vida.

—Ben no es Silas —sonrió Yale.

—Justamente.

Ellie se acercó al joven con dos copas en las manos.

—¿Cuánto tiempo piensas estar conmigo? —preguntó maliciosamente.

—No lo sé. Depende.

—¿De qué?

—He venido a conocer tu opinión sobre lo que está ocurriendo, Ellie.

—Después de lo que dijo aquel bandido en su testamento, resulta perfectamente lógico.

—¿Crees en el testamento de Silas?

—¿Por qué no?

—Vamos, Ellie, tú eres una mujer fuerte, sin prejuicios… No irás a decirme que crees en fantasmas y aparecidos.

—Lo que sí creo es que Silas no ha muerto.

—¿Cómo?

—Simplemente, simuló su muerte.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo?

—Temía ser asesinado.

—¿Por los McDougal?

—Por algunos de los McDougal.

—Y ahora la venganza de Silas se está cumpliendo.

—Sí.

—Finn se ha suicidado. ¿Crees que se pegó un tiro?

—Sus nervios ya no pudieron resistir, eso es todo.

—Si la venganza prosigue, pronto os tocará el turno a las mujeres. Ellie sonrió de un modo singular.

—Tengo un revólver en casa. Era de mi difunto Rod —contestó.

—Tú no eres una McDougal —dijo Yale.

—De nacimiento, no. Me apellido Fortham. Soy hermana del criado de Silas.

—Ah, el que se despidió una semana antes de su muerte.

—Sí, el mismo.

—¿Adónde se fue?

Ellie hizo un gesto de indiferencia.

—No nos hablábamos apenas. Él sustentaba ciertas opiniones acerca de mi y viceversa.

—¿Cuáles eran tus opiniones sobre tu hermano?

—Embaucaba a Silas, para quedarse con la mayor parte de la herencia. Y ya ves, en el testamento, ni siquiera se le mencionaba. —Ellie se echó a reír—. ¿No te parece divertido?

Vale procuró ocultar el disgusto que le producía el comportamiento de la joven, para quien lo principal era, no sólo el

disfrute de los placeres, sino la consecución del oro de Silas McDougal.

—Adiós, se me hace tarde —se despidió.

—Oh, yo creí que te quedarías más rato —dijo ella, decepcionada. Yale abrió la puerta.

—Buenas noches, Ellie —murmuró.

* * *

Un horrible alarido rasgó el absoluto silencio de la noche. Fue un grito muy penetrante, de tonos agudísimos, aunque relativamente breve.

Yale se sentó de golpe en la cama. Escuchó con toda atención. El grito no se repitió.

Encendió la luz y se asomó a la ventana. Había otras luces en distintas casas del pueblo.

De pronto, se oyó un grito:

—¡Mi esposo ha muerto!

Yale creyó reconocer la voz de Pamela. Un leve temblor sacudió sus nervios, pero se rehízo en seguida.

—¡Ed ha muerto, ha muerto…! —chillaba Pamela desde su casa.

Yale se vistió apresuradamente y salió de la habitación. Fanny estaba ya en el pasillo.

—Silas ha golpeado de nuevo —dijo la muchacha lúgubremente.

—Será mejor que no se mueva de aquí —recomendó él—. Yo iré a ver lo que ha sucedido.

Salió a la calle. Unos cuantos vecinos habían acudido ya a casa de Kinderhare. Pamela, en una sala, lloraba amargamente.

Yale vio un cuerpo tumbado en el suelo. Ed Kinderhare aparecía casi tranquilo y no se veía en su cuerpo señal alguna de herida, pero, al examinarlo con más detenimiento, Yale vio el diminuto orificio que ya había visto una vez en el pecho de Harry McDougal.

Ellie, Margaret y Lois acudieron bien pronto a consolar a la atribulada Pamela. Yale se extrañó de no ver a Delia, pero recordó lo sucedido por la noche del día anterior y calculó que la señora Hetherley estaría muy ocupada con su propia aflicción, para ir a consolar a otra mujer, cuando, en realidad, era ella quien necesitaba ser consolada.

Al cabo de unos momentos, Ellie acudió Junto al joven.

—Horrible —comentó Ellie.

—Sí. ¿Cómo ha ocurrido?

—Parece que Ed cenó fuerte —contestó Ellie—. Se despertó a media noche, bueno, ya eran las dos, creo, y se dirigió a la cocina para beber alguna cosa. Pamela lo oyó levantarse y no le extrañó. Pero luego se dio cuenta de que tardaba demasiado en volver a la cama. Se levantó también y se encontró con el cuerpo de su esposo tendido en el suelo.

—Muerto de la misma manera que Harry.

—Sí, pero el asesino se ha esfumado. Claro que, pensando en que ha sido un fantasma, el término esfumado resulta correcto, ¿no crees?

Yale no quiso dar una respuesta. Los fantasmas no usaban punzones para perforar el corazón de una persona.

—Exprésale mis condolencias —dijo.

—Sí, Mel. Gracias en su nombre.

Yale volvió a la posada. Fanny le aguardaba en la planta baja.

—Ya no quedan más que cinco viudas —dijo él—. Todos los hombres, incluso los dos solteros, han muerto.

—Ahora, Silas, la emprenderá con las mujeres —murmuró Fanny.

—Sí.

Pero, en su interior, y sin saber por qué, Yale dudaba de que la frase de Fanny se convirtiese en realidad.

* * *

Abner McGrattan aguardaba junto a la sepultura, con su sardónica sonrisa, que le daba la sensación de ser un hombre de vuelta de todo. El ataúd que contenía el cadáver de Ed Kinderhare fue transportado a hombros de inedia docena de vecinos, los cuales se marcharon casi inmediatamenteˆ sin aguardar a que el enterrador empezase a echar tierra sobre el féretro.

El pastor no estaba. Yale, a petición de Ellie, pronunció una breve oración fúnebre. Yale se había enterado de que el clérigo no sólo era pastor de almas, sino también lo era en la realidad y estaba lejos de la aldea, cuidando su propio rebaño de ovejas.

Cuatro mujeres enlutadas rodeaban la sepultura. Delia seguía sin dar señales de vida.

Yale observó a las mujeres disimuladamente. En alguna de ellas le pareció ver una disimulada sonrisa.

Una horrible sospecha se infiltró en su ánimo. De pronto, sintió miedo.

La fúnebre ceremonia terminó. McGrattan empezó a llenar la fosa. Las cuatro mujeres se despidieron de Yale y emprendieron juntas el camino de vuelta. Cuatro figuras negras, cuatro símbolos de la muerte.

Capítulo XII

—Sólo han muerto los hombres. ¿Por qué sobreviven las mujeres?

Fanny llenó de sopa el plato de Yale.

—¿No dijo usted que ahora les iba a tocar el tumo a ellas?

—Lo supuse, pero no lo afirmé. Parece lógico que sea así, ¿no cree?

—Mel, después de lo ocurrido, ya nada parece lógico. Dígame, ¿quién puso las cadenas en el panteón de Silas? ¿Quién las cortó y, por medio de un potente altavoz, simuló el ruido de rotura? ¿Quién se llevó la fotografía del grupo de hombres que se retrataron frente a la posada? ¿Quién tiró la moneda de oro por la calle? ¿Sigo haciendo preguntas que, hasta ahora, no han tenido respuesta?

Yale sonrió.

—No, no haga más preguntas. Pero hay algo que me hace sospechar de las mujeres.

—¡No me diga! —Se asombró Fanny.

—Siéntese ahí. —Yale hizo un gesto con la mano—. Quiero que sepa lo que estoy pensando.

Fanny obedeció.

—Está bien, empiece a hablar —invitó.

—Sólo han muerto varones hasta ahora, ¿no es así? —En efecto.

—Yo creo que no morirán mujeres. Fanny saltó en su silla.

—¡Mel! ¿Qué le hace suponer…?

—¿Por qué esta discriminación?

—Bueno, parece que los hombres… Si el viejo Silas murió asesinado, debieron matarlo los hombres, ¿no cree?

—Silas dijo que se vengaría de todos los herederos. No hizo distinción de sexos.

—Sí, os cierto. ¿Adónde quiere ir a parar?

—No lo sé todavía con exactitud. Pero usted dijo ayer una frase que me hizo pensar mucho —manifestó Yale.

—¿Cuál os esa frase? —preguntó la chica.

—En realidad, fue un comentario bastante extenso, acerca de las pocas posibilidades que una mujer joven tiene en Kerbury. También mencionó los largos días del otoño, las nieves invernales… En fin, describió el hastío y la falta de oportunidades con toda precisión.

—Sí, pero yo lo dije refiriéndome a mí; no incluía en mis palabras a otras mujeres.

—Están Ellie, quien vivía aquí con Rod; Margaret y Pamela, con Delia. Lois es la única que no reside en Kerbury.

—¿Y…?

—¿Por qué no ha venido aún la policía?

Fanny se mordió los labios.

—Pamela es la telefonista —murmuró—. ¡Pero usted habló con el sargento O’Connor!

—Yo hablé con alguien que dijo ser el sargento O’Connor. Nunca había hablado antes con él; quizá una persona suplantó al sargento.

—Pero debería haber sido un hombre…

—¿Por qué un hombre? Si usted quiere, puede hablar con alguien por teléfono y, engrosando la voz y colocando un pañuelo doblado un par de veces sobre el micrófono, le hará creer que es un hombre.

Los ojos de Fanny se abrieron desmesuradamente.

—Entonces… Pamela le dio comunicación con.

—Con la mujer que ha planeado todos los asesinatos.

Hubo un momento de silencio. Fanny meneó la cabeza varias veces seguidas.

—No, no es posible —murmuró al cabo.

—Por el contrario, cada vez que lo pienso, yo creo en esa posibilidad con mayor convicción. Cuatro de las viudas son jóvenes. Ellie, sobre todo, es bastante guapa, y las otras tres tienen todavía mucho que contemplar. La más fea de todas es Delia, aunque no se puede decir que sea una anciana precisamente.

—¡Mel, si lo que dice usted es cierto, esas mujeres han asesinado a sus esposos y a sus hermanos! —gritó Fanny.

—Sí —contestó él, impasible.

—¿Por qué?

—Por unas cuatrocientas mil libras esterlinas cada una. Tengamos en cuenta que Ellie, Margaret y Lois sólo son McDougal por el matrimonio. Delia y Pamela sí son McDougal de nacimiento, pero… el brillo del oro borra siempre el color rojo de la sangre.

—Es cierto murmuró ella pensativamente. —Cinco mujeres todavía jóvenes, con ambiciones…, hartas de una vida mediocre…

—Cuatro, Fanny.

—¿Cuatro?

—Sí. Sospecho que Delia ha muerto.

—¿Cómo?

—Es una cadena de cinco eslabones. Uno ha resultado débil y ha sido preciso arrancarlo de la cadena. Para Delia, la sangre fue más fuerte que el oro.

—Pero no sabemos si ha muerto o no…

Yale se acordó en aquel momento de las palabras que Ellie había pronunciado al despedir a Delia. Podían prestarse a más de una interpretación.

—Creo que esta misma noche lo sabremos —contestó.

* * *

Estaban agazapados detrás de un seto, en la ladera de la loma situada opuestamente a la aldea. La luna brillaba arriba con una luz que a Fanny se le antojó siniestra.

De vez en cuando, Yale consultaba el reloj. Eran más de las doce de la noche. Si sus sospechas eran ciertas, no tardaría ya mucho en confirmarlas.

Unos minutos más tarde, oyeron rumor de pasos. También percibieron jadeos. Yale, muy despacio, asomó la cabeza. Fanny le imitó.

Cuatro negras figuras subían la cuesta, transportando un bulto oscuro. Poco después, Yale reconoció una manta sostenida por ocho manos. Sobre la manta había un cuerpo humano, además de un par de picos y palas, que vio después, cuando el cadáver fue depositado en el suelo.

—Vamos, al trabajo —dijo Ellie.

Margaret agarró el pico. Pamela empuñó una pala. Lois

sollozaba.

—Pobre esposo mío —dijo.

—Vas a recibir diez mil monedas, quinientas mil libras —le reprochó Ellie—. ¿Qué te había dado Regis?

Lois se calló. En aquel grupo de mujeres que se alternaban con frecuencia en el trabajo, para sanar tiempo había una voluntad de hierro, un cerebro autor no sólo del siniestro plan, sino dominador del de las otras mujeres.

Fanny se sentía horrorizada. Le parecía estar asistiendo a un aquelarre, a una reunión de brujas para sus ritos mágicos. En cualquier momento invocarían al diablo…

La fosa quedó abierta una hora más tarde. Sin la menor ceremonia, el cuerpo de Delia fue lanzado al interior. Acto seguido, las cuatro mujeres empezaron a recubrir el hueco.

—La echarán en falta —dijo Pamela.

—Cuando eso suceda, nosotras ya estaremos muy lejos —aseguró Ellie.

—¿Sabes dónde está el oro? —preguntó Lois.

—Sí. Esta misma noche lo tendremos en nuestro poder.

¿Cómo había podido dominar Ellie a las cuatro mujeres?, se preguntó Yale. Tal vez había sido una tenaz y paciente labor de zapa, acondicionando sus mentes, hasta llegar a la persuasión absoluta. Pero todos los obstáculos habían sido apartados ya y ahora nada se interponía entre las cuatro asesinas y el disfrute de la enorme fortuna de Silas McDougal.

Al terminar de cubrir la tumba, ocho pies apisonaron la tierra. Luego Ellie aconsejó lanzar sobre la tumba algunas hierbas y matojos que disimulasen un poco las huellas de su tétrica labor. Las herramientas fueron arrojadas a lo lejos, lo mismo que la manta.

—Bien, vamos —dijo Ellie secamente.

En silencio, semejando cuatro furias vengadoras de una tragedia griega, las cuatro mujeres emprendieron el descenso, aunque no precisamente en dirección a Kerbury.

Yale adivinó inmediatamente hacia dónde se dirigía aquel siniestro grupo.

* * *

Ellie, Pamela, Margaret y Lois entraron en la casa de Silas y se

dirigieron inmediatamente al subterráneo. Había un hombre aguardándoles allí.

—¡Black! —exclamó Pamela, sorprendida. El criado de Silas sonrió.

—Señoras… Hola, Ellie, querida hermanita —saludó.

—Hola, Blackie —sonrió Ellie—. Es mi hermano —se dirigió a las otras.

—¿Dónde has estado escondido? —preguntó Margaret.

Fortham hizo un gesto ambiguo.

—Por ahí —contestó.

—¿Y el oro? —inquirió Lois.

—Sé dónde está, no se preocupen.

—Yo sí empiezo a preocuparme —declaró Pamela—. Quiero mi parte cuanto antes, ¿entendido?

—Y yo también —añadió Margaret.

—Está bien, se lo han ganado. ¿Quieren seguirme, por favor?

Fortham giró sobre sus talones y echó a andar, cruzando el subterráneo en sentido oblicuo. Entonces, Yale y Fanny descendieron, pisando de puntillas, y llegaron justo a tiempo de ver un trozo de muro que giraba a un lado.

El hueco tenía las dimensiones de una puerta corriente, pero su profundidad era muy escasa, medio metro apenas. Para Yale y Fanny resultó fácil divisar la puerta de roble que les había cerrado el paso por el túnel.

Fortham abrió la puerta y dejó que las mujeres pasaran primero. Ellie se quedó rezagada.

Pamela, Margaret y Lois se adentraron por el túnel, alumbrado por una pequeña lámpara de petróleo, colgada del dintel de la puerta. De repente se oyó una fuerte explosión.

—¡El túnel se hunde! —gritó Pamela.

Yale percibió claramente el fragor del derrumbamiento. Entonces vio que Fortham cerraba la puerta. Un segundo después, hizo girar el trozo de falso muro.

Fortham lanzó una estruendosa carcajada.

—Esas están listas ya —exclamó.

—Han picado como tontas —dijo Ellie—. Blackie, ¿tienes preparado todo?

—Sí, el furgón está al otro lado de la colina. ¿Vamos?

Fanny se sentía espeluznada. De pronto, notó que Yale tiraba de ella y corrió, ahogándose de pavor. Yale la llevó hasta el vestíbulo y ambos se escondieron detrás de un gran sillón.

Fortham y Ellie salieron del subterráneo. A media docena de pasos de la pareja, se abrazaron de un modo muy extraño.

—Hemos tardado tiempo, pero al fin lo hemos conseguido —dijo el hombre.

—Valía la pena esperar, ¿no crees? —Sonrió Ellie.

Fortham la besó de nuevo. Yale comprendió entonces que los lazos que unían a la pareja de criminales no eran precisamente los de hermandad.

—Vamos ya —dijo Fortham.

Tiró de la mano de Ellie. La mujer reía satisfecha.

—Ahora sí que vamos a ser ricos —exclamó, en el momento de cruzar la puerta.

Instantes después, Yale y Fanny se pusieron en pie. La muchacha estaba intensamente pálida.

—¿Adónde van? —preguntó.

—Al cementerio, seguro.

—¿Al cementerio? ¿Otra vez?

—¿No le parece que la tumba de Silas es el sitio mejor para esconder dos toneladas de oro amonedado?

Fanny asintió. Fortham había hablado del camión que aguardaba al otro lado de la colina.

—Sí, tiene razón —convino—. Pero tres mujeres han quedado sepultadas vivas…

—Un poco de miedo no les irá mal, como prólogo del castigo que merecen sufrir —contestó Yale, tajante. Luego lanzó un suspiro —: ¡Vamos, otra vez al cementerio!

CAPÍTULO XIII

Yale y la muchacha dieron un rodeo por un camino distinto al que seguían los asesinos.

En total, la distancia pasaba poco de los mil metros, por lo que, un cuarto de hora más tarde, se hallaban ya en las inmediaciones del túmulo.

Fortham y Ellie llegaban ya por el lado opuesto. A unos doscientos metros de distancia, se divisaba la oscura masa de un furgón cerrado.

—Vamos ya —dijo Ellie, terriblemente impaciente.

Yale se preguntó cómo levantarían la pesada losa de granito, sin herramientas de ninguna clase. Además, había dos toneladas de oro. En tres horas le pareció difícil que pudieran trasladarlas hasta el vehículo de carga.

Serían unos cuarenta viajes, a cincuenta kilos cada vez, calculó. Fortham tendría que darse mucha prisa, aunque ora evidente que Ellie le ayudaría en buena parte.

Fortham se acercó al túmulo por el lado opuesto a la aldea. Atónito. Yale vio que la pared vertical de aquel lado giraba como una puerta, después de que Fortham hubo ejercido presión en uno de sus lados.

—Toma la lámpara —dijo Ellie.

Fortham enfocó el haz de rayos luminosos al interior de la tumba. De pronto lanzó un agudo grito:

—¡No está!

—¿Qué? —exclamó Ellie.

—El oro, tonta. No está, ha desaparecido.

Ellie se precipitó hacia la abertura. Un rugido de fiera herida se escapó de su garganta.

—¡Blackie! ¿Quién demonios…?

—Es inútil. No encontraréis el oro —sonó de pronto una voz de

tonos lúgubres—. No lo encontraréis Jamás.

Aterrada. Fanny vio alzarse una silueta al otro lado del túmulo. Ellie lanzó un chillido de terror:

—¡Black, es Silas!

Un extraño olor se extendió inmediatamente por la atmósfera. Silas dio un par de pasos laterales y apareció completamente visible a los ojos de los asesinos.

—Ese oro no os pertenece, ni tampoco a los herederos que quisieron asesinarme —continuó Silas—. Hay un heredero y ése será el que reciba mi fortuna.

Fortham parecía helado de terror.

—Usted… está muerto…

—Sí, pero he salido de mi tumba para castigaros —dijo Silas—. Por todas las muertes que habéis cometido, claro.

De pronto, Ellie agarró el brazo de Fortham.

—Tienes un revólver —exclamó—. Dispara, dispara…

Fortham metió la mano en el bolsillo. Pero sus movimientos eran lentos, como si tuviese parálisis en el brazo.

Silas se acercó a él. Fortham lanzó un chillido:

—¡No me toque!

Se oyó una risa baja, profunda, de lúgubres tonos. Silas alargó la mano derecha y tocó la cara de Fortham. Sonó un rugido. De pronto, Fortham se convulsionó espantosamente y cayó al suelo.

Ellie parecía igualmente petrificada por el horror. Retrocedió un par de pasos, pero Silas continuó avanzando. Sonidos inarticulados brotaron de la garganta de la mujer, cuyo cuerpo sufría fortísimos espasmos, debido al pánico que invadía su ánimo.

Silas alargó la mano por segunda vez. Ellie chilló débilmente y se desplomó al suelo. Entonces fue cuando Yale se puso en pie.

Unos ramajes crujieron. Silas se volvió.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Yo, Melvin Yale.

—Ah. —En el rostro horriblemente lívido de Silas apareció una sonrisa—. Eres tú…, ¿qué haces aquí, muchacho?

—Simplemente, contemplaba lo ocurrido.

—Ya ves, Fortham, el criado infiel, y Ellie, su amante, están muertos.

—Usted los ha tocado…

—Y ellos han muerto de miedo.

—Tiene veneno en las uñas —acusó Yale.

—No. Han muerto de miedo. No creían posible que yo volviera a salir de mi tumba, tal como prometí en el testamento.

—Señor McDougal, quisiera que me permitiese hacer una cosa —solicitó el joven.

—¿Si?

—Déjeme que le toque. Así podré convencerme de que no es un fantasma. Silas rió suavemente.

—¿Por qué no? Pero te advierto que tocarás un cadáver…

—Oh, por favor, basta ya de bromas. Usted ha estado burlándose de nosotros todo el tiempo. Y si no ha cometido ninguna muerte, al menos se ha complacido con los asesinatos que otros realizaban.

—Eso es cierto, pero ¿no eran unos parásitos, ávidos de conseguir un botín sin reparar en los medios?

Fanny se sintió valiente y se incorporó.

—¿Le mataron o no le mataron? —preguntó.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Silas.

—Fanny Owens, la dueña de la posada —contestó Yale.

—Ah, sí, la conozco… ¿Cómo está aquí. Melvin?

—Simplemente, me acompaña. Pero aún no ha contestado a mi pregunta, Silas dijo el joven.

—Sí, me mataron. Entre dos de ellos me pusieron una almohada en la cara y me ahogaron. De este modo, el médico certificó mi defunción por colapso cardíaco.

—Pero usted no se vengó…

—¿Para qué, si alguien lo hacía ya en mi lugar? —Rió Silas—. Ya ves que ni siquiera las cadenas consiguieron retenerme en mi tumba.

—¿Quién las puso?

—Fortham, claro, cuando se enteró por Ellie, su cómplice, de los términos del testamento. Ellos habían ya planeado quitarme el oro desde hacía muchísimo tiempo, pero, a fin de disimular, Ellie consiguió casarse con Rod, a quien hicieron desaparecer mediante un bien simulado accidente de automóvil, por lo que así entró a formar parte del clan McDougal.

—Y Ellie se encargó de convencer a las otras mujeres para que Asesinaran a los hombres.

—Así sucedió, en efecto. Luego, ocultamente, Fortham cavaba algunas tumbas, que después eran ocupadas por los muertos a manos de las mujeres.

—Un punzón, un frigorífico, una escopeta… —murmuró Yale. ¿A qué abismos de depresión habían llegado aquellas mujeres enloquecidas por el ansia de oro?

—Silas, ¿tiró usted la moneda que rodaba por la calle? —preguntó Fanny.

—Sí. Aunque uno esté muerto, ¿no puede tener buen humor?

Yale pensó que había muchas cosas que no entenderían jamás, que estaban demasiado lejos de las posibilidades humanas. Pero tenía la seguridad de que la pesadilla se había acabado.

—¿Fue usted el que nos narcotizó y trasladó en dos ocasiones a la posada? —inquirió.

—Seguramente lo haría Fortham. Era muy robusto y quería, supongo, que ustedes creyeran que lo había hecho yo.

—También, en tal caso, se llevó la fotografía.

—Alguien quería crear un estado de confusión en quienes podían, con su actuación, intervenir en un asunto bien planeado y estropearlo.

—Debió de ser Pamela —supuso Fanny—. Vive casi frente a la posada y lo haría en un momento en que yo estaba descuidada. Por orden de Ellie, claro.

—Está bien, Silas —dijo Yale—. Pero todavía no conocemos a su heredero.

—Es el pueblo de Kerbury. Pronto llegará un abogado, con la nota de la distribución del oro. Me porté mal con los habitantes de la aldea; ahora quiero reparar mi comportamiento —contestó McDougal.

—¿No puede decirnos dónde está el oro?

—Lo dirá el abogado. Él se encargará de los restantes trámites. Ahora deben perdonarme; he de volver a mi tumba.

Silas giró sobre sus talones. Segundos después, se oyó un ligero chasquido. Yale corrió hacia el túmulo. La abertura se había cerrado.

Lentamente, se volvió hacia la muchacha.

—Creo que deberíamos volver a la casa; hay allí tres mujeres encerradas, que estarán a punto de enloquecer —dijo.

Fanny asintió. Evitó mirar los cuerpos de Fortham y Ellie. ¿Habían muerto de miedo?

Mientras caminaban, Yale dijo:

—Ahora sé que fue Fortham el que inutilizó mi coche. Por supuesto, no les convenía la intervención de la policía.

—Sí, y tal vez fue Ellie la que imitó la voz de O'Connor. Pero ¿dónde se escondió Fortham durante todo este tiempo?

—¿No se lo imagina? La casa de Ellie parece el sitio más lógico —contestó él, hondamente impresionado todavía por lo que acababa de suceder.

* * *

Días más tarde, llegó el abogado anunciado por Silas.

Pamela, Margaret y Lois habían ingresado en prisión, acusadas de asesinato. El informe del forense declaró que Fortham y Ellie habían muerto a consecuencia de sendos paros cardíacos.

El oro estaba en dos de las columnas de piedra del subterráneo. El número de habitantes de Kerbury era de ciento veinte hombres, mujeres y niños, y el reparto se hizo de forma equitativa. A cada uno correspondieron trescientas treinta y tres monedas, dieciséis mil seiscientas cincuenta libras esterlinas.

—Pero faltan cuarenta monedas para redondear las cuarenta mil —dijo Yale, porque el reparto se había hecho equitativo, sin distinción de edad, sexo o condición.

Al abogado, como honorarios, le correspondieron treinta y seis monedas. Fanny encontró bien pronto la solución:

—Una estaba en poder de Ed. Otra apareció rodando por la calle y la tercera fue puesta en la boca de Regis.

—Aun así, falta una…

Yale sonrió.

—Claro que a ti no te importa mucho —dijo—. Ahora eres una mujer rica, Fanny. ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué me aconsejas, Mel?

Yale se hizo el remolón. Ella le miró maliciosamente.

—Yo creí que pedirías mi mano. Claro que una posadera es poco para un afamado guionista de cine…

De pronto, Fanny se encontró en los brazos del joven.

—Rica o pobre, posadera o dama de alcurnia, eres la mujer soñada —aseguró él con cálido acento.

Antes de abandonar Kerbury, sin embargo, Yale quiso comprobar una cosa. Tras solicitar el oportuno permiso y por medio del aparejo adecuado, hizo levantar la lápida que cubría la sepultura de Silas.

El ataúd estaba cerrado. Al levantar la tapa, apareció el cuerpo del anciano, completamente corrompido.

Tenía las manos sobre el pecho. Con la derecha sujetaba la última moneda de oro.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular. También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.